

Milovan Djilas

*La
Nueva
Clase*

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES INTERNACIONALES DEL TRABAJO

P. O. BOX 1170
GRAND CENTRAL STA.
NEW YORK 17, N. Y.

APARTADO 203
MEXICO 1, D. F.
MEXICO

MILOVAN DJILAS

LA NUEVA CLASE

Análisis del Sistema Comunista



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES INTERNACIONALES DEL TRABAJO

P. O. BOX 1170
GRAND CENTRAL STA.
NEW YORK 17, N. Y.

APARTADO 203
MEXICO 1, D. F.
MEXICO

INTRODUCCION

Milovan Djilas, de Yugoslavia, comunista desde su juventud, fue un héroe de la Segunda Guerra Mundial. Hombre de gran simpatía y de mucha inteligencia, era un amigo íntimo del mariscal Tito, colaborador suyo en las labores de gobierno, y debe ser considerado como el autor principal del tipo de teoría comunista que formuló y apoyó la audaz ruptura de Tito con Stalin, en nombre de la independencia nacional.

Este es el hombre que, estando preso en una de las cárceles de Tito, logró sacar al extranjero, con ayuda de unos amigos, el manuscrito del libro "La Nueva Clase", del cual este folleto es un resumen con sus propias palabras.

¿Por qué está Djilas encarcelado? No por un acto de rebelión abierta contra sus antiguos amigos, sino simplemente porque criticó, como hombre libre, la falta de libertad y de democracia del comunismo triunfante, y la ambición de éste por el poder. Todo ello ha corrompido fatalmente la visión de la sociedad del futuro que antaño inspirara a Djilas y a otros hombres fervorosos comunistas.

Ahora escribe, no como quien alberga un resquemor personal; no como un preso que clama por la justicia para sí, pues en este libro hay, acaso, demasiado poco de carácter autobiográfico, sino como quien considera deber suyo dar una interpretación de conjunto del Comunismo. Djilas afirma su aceptación personal del socialismo democrático, pero no discute en detalle este aspecto ni describe en términos personales la evolución de sus ideas. Su interpretación del Comunismo se aplica lo mismo al Comunismo del Kremlin que al de Tito, aunque hace ciertas distinciones entre ellos, en general con ventaja para el segundo. Sin embargo, define al comunismo nacional como "el comunismo en decadencia", y si su interpretación comunismo equivale, en cierto modo, a un manifiesto anticomunista, ello se debe a que Djilas ha sido formado en la dialéctica comunista y la utiliza poderosamente contra la perversión comunista de la misma.

En resumen, la tesis de Djilas, a la luz de este libro, es que las revoluciones comunistas triunfantes han tenido por resultado, en todas partes, el control total del Estado, convertido en mayoría de las sociedades por un partido y una burocracia de partido, que constituyen una nueva clase de ambiciosos de poder y de explotadores de sus semejantes.

Pero en su cárcel a Djilas no le falta la esperanza, una esperanza que radica en su fe de que "el mundo cambiará y avanzará en la dirección que ha seguido y que debe seguir: hacia mayor unidad, mayor progreso y mayor libertad". Concretamente, preve grandes transformaciones del comunismo o la descomposición del mismo. "Al dominar por completo, la clase gobernante comienza a abandonar y perder la ideología, el dogma, que la condujo al poder. La clase ha empezado a dividirse en facciones. . . Puesto que debe reverenciar los métodos de Stalin, la clase dominante no podrá conservar su dogma. Los métodos eran, en realidad, sólo la expresión de este dogma y de la práctica en la cual se basaba el dogma". Djilas no desarrolla esta idea de la división de la clase todopoderosa, que Stalin mantuvo unida por medio del terror.

El lector, sin duda, desea conocer cuál es el pensamiento de Djilas acerca del porvenir del comunismo en vista de esta división de la nueva clase, y acerca de las tácticas deben adoptar los enemigos del comunismo que son, al mismo tiempo, los amigos de la verdadera libertad. (cosa que no puede decirse de todos los anticomunistas). Este desec puede expresarse de modo práctico ejerciendo presión, individualmente y en grupos, para que Tito demuestre su confianza en su propia popularidad y su desaprobación de la crueldad de Stalin poniendo en libertad a un preso cuya salud, según me informan personas de confianza, se haya peligrosamente amenazada por su encierro constante en una celda sin protección contra las bajas temperaturas.

Mientras esperamos nuevas manifestaciones de la poderosa pluma de Djilas, podemos utilizar, para nuestra propia educación y para rebatir la propaganda comunista, este libro que nos ha dado a tan alto precio: la pérdida de influencia y comodidades, acaso de la vida, en aras de la libertad y de la verdad.

Norman Thomas

*Presidente del Instituto de Investigaciones
Internacionales del Trabajo.*

I

PRESENTACION

MILOVAN DJILAS, UN CLARIVIDENTE EN EL INFIERNO

Los florentinos, viendo pasar al Dante, decían: “Este hombre ha estado en el infierno”.

Hoy, leyendo a Djilas, podemos decir: “Este hombre está todavía en el infierno”.

Pero si el Dante se contentó con describir lo que imaginaba, Djilas analiza fríamente lo que ha visto y lo que él mismo ayudó a construir.

De ahí la enorme importancia, para nosotros, de este libro, “La Nueva Clase”, escrito por Milovan Djilas hace unos meses, poco antes de que la revolución de Hungría lo empujara a romper ya, definitivamente, con el comunismo nacional y a aceptar la cárcel como precio por decir su verdad.

“La Nueva Clase”, que acaba de publicar en inglés (Praeger, editor, New York), es un libro distinto de cuantos hasta ahora han venido a engrosar la biblioteca de los estudios sobre el comunismo. No son memorias, como, por ejemplo, el libro de Víctor Serge. No son recuerdos, como el volumen de Jan Valtin. No es un análisis en forma de novela, como “El Cero y el Infinito” de Koestler. Tampoco revelaciones sensacionales sobre Stalin o la GPU, como el libro de Krivitsky. No es, siquiera, una exposición de la experiencia yugoslava o recuerdos acerca de los acontecimientos que Djilas vivió y en algunos de los cuales fue protagonista de primera fila.

El libro de Djilas es mucho más que todo esto: es la primera interpretación del comunismo escrita desde dentro. Interpretaciones

del comunismo hay muchas y algunas acertadísimas. Pero todas fueron escritas desde afuera, con base en documentos, en visitas más o menos breves, en informaciones confidenciales. Ninguna, hasta ahora, había salido de las filas mismas del comunismo contemporáneo. Ni ninguna fue escrita bajo un régimen comunista por uno de los hombres que más ayudaron a instaurarlo.

Djilas, sin embargo, no adopta el tono del "mea culpa" de quien quiere justificarse. No se carga de razón ni acumula recriminaciones contra sus antiguos compañeros. Al contrario, pone toda su experiencia personal al servicio del análisis que realiza. No habla de sí mismo, no cita ningún recuerdo. Pero detrás de cada línea se adivinan escenas vividas, conflictos de conciencia, decepciones y desilusiones.

Este libro, dice Djilas, no es producto de una desilusión de golpe. sino de un apartamiento del comunismo. No trata de señalar caminos infalibles para lograr la felicidad humana ni para abatir al comunismo. Se limita a interpretar la realidad que viven hoy cientos de millones de seres: la de los países sometidos al comunismo, al dominio de la "nueva clase."

Precisamente por esto, el libro de Djilas podrá ser de una gran utilidad para el lector occidental. En Europa Oriental sería útil, desde luego, si pudiese circular profusamente, porque concretaría las ideas de muchísimas personas. Pero allí se conoce la realidad del comunismo y la experiencia cotidiana ha hecho ver a las gentes que la "sociedad socialista" es sólo la fachada de una realidad mucho más siniestra: la aparición de una nueva clase, que monopoliza el poder y el disfrute de la propiedad en su beneficio exclusivo, presentándose abusivamente como representante del proletariado y de las fuerzas revolucionarias.

En cambio, en Occidente, donde todavía son muchos los que se hacen ilusiones, los que pretenden que el comunismo es una ideología como cualquier otra, que en muchos lugares es sólo un movimiento agrario—por ejemplo en la China—; allá el libro de Djilas abrirá muchos ojos y hará ver que el comunismo es un nuevo sistema de explotación, surgido al calor de la necesidad de industrializarse de los países insuficientemente desarrollados.

Más aún, explica porqué el llamado "comunismo nacional" puede permitir concebir grandes esperanzas, ya que el adjetivo "nacional" no modifica esencialmente al sustantivo "comunismo". Y que éste, sea nacional o soviético, no puede cambiar en lo fundamental. es decir, no puede dejar de ser un monopolio del poder y de la propiedad en beneficio de una nueva clase.

De ahí, justamente, que en la prensa yugoeslava se hayan lanzado ataques contra Djilas del más puro estilo staliniano: “renegado”, “capitulador”, “traidor a su pueblo”, “libro escrito con el lenguaje de Goebbels”, “al servicio de la reacción internacional”... Aunque en el libro se ocupa muy poco de Yugoslavia, Djilas, al descartar al comunismo nacional como una salida para los pueblos sometidos a Moscú, quita al régimen del mariscal Tito la razón de ser que Belgrado quiere ofrecer a Occidente.

Y, sin embargo, Djilas fue uno de los constructores de este régimen y creyó sinceramente en él durante décadas, cuando lo esperaba, y una vez que hubo ayudado a instaurarlo.

Montenegrino, encerrado cinco años en la prisión de Srenca Mitrovica, donde ahora vuelve a encontrarse, acaso en la misma celda que antes ocupó cuando la policía del rey Alejandro lo acosaba, dirigente del partido comunista desde su juventud, fue uno de los héroes de las guerrillas yugoeslavas, durante la Segunda Guerra Mundial. Los guerrilleros cantaban una marcha en la cual se decía: “Tito, Kardelij, Djilas y Ranchovic, os seguiremos dondequiera que vayáis”. Sin duda el encarcelamiento de Djilas, ahora, por orden de su camarada de luchas, Tito, se debe al temor de que muchos, en Yugoslavia, encuentren sus pensamientos expresados por Djilas y estén dispuestos a seguirlo.

Djilas se encargó, bajo Tito, de la propaganda. Es hombre de cultura extensa, de temperamento apasionado, físicamente valiente. Ahora vemos que es también moralmente valeroso. Ya en 1953, después de haber sido uno de los teorizantes de la ruptura con Moscú en 1948, comenzó a criticar ciertos aspectos del burocratismo comunista yugoeslavo. Era la época en que a Tito le convenía ganarse la amistad del Occidente. Djilas con sus ataques a los burócratas, sus demandas de democratización del partido, le servía para hacer creer que el comunismo titista era esencialmente diferente del comunismo staliniano.

A fines de 1953, Djilas fue elegido diputado y designado luego Presidente de la Asamblea Federal Popular, por indicación de Tito. Pero no llegó a tomar posesión de su cargo. Escribió en “Borba”, el diario órgano de la Liga de los Comunistas, una violenta sátira en tres capítulos sobre las costumbres snobs de la nueva clase de burócratas del Partido. Un general de guerrilleros, se había casado con una actriz. Las esposas de los dirigentes comunistas se miraban por encima del hombro y le mostraban un ostensible desprecio. Djilas lo reveló y lo criticó acerbamente.

Se reunió el Comité Central del Partido. Los ataques teóricos

todavía podían soportarse, pero ese sarcasmo personal era imperdonable. Bajo la Presidencia de Tito, el Comité Central destituyó a Djilas de sus cargos. El único que se atrevió a salir en su defensa fue Dedijer, amigo y biógrafo de Tito. Como Djilas persistió, se le juzgó y sentenció a un año y medio de prisión (seis meses para Dedijer), aunque dejándolo en libertad vigilada.

Viviendo del sueldo de mecanógrafa de su esposa, Djilas no cedió. Ya que se le cerraban las columnas de la prensa de su país, habló en las del extranjero. Hizo algunas declaraciones, en las cuales afirmaba su creciente fe en la democracia socialista. Cuando estalló la revolución húngara, en Octubre de 1956, Djilas escribió en el semanario socialista de Nueva York "The New Leader" un artículo en el cual sostenía la tesis —que es también la de su libro— de que el comunismo nacional no deja de ser comunismo —es decir, monopolio explotador al servicio de una nueva clase— y que el pueblo húngaro señalaba el camino hacia la superación del comunismo, camino que, tarde o temprano, seguirían los demás pueblos sometidos a sistemas comunistas.

Tito no se lo perdonó. Lo hizo encarcelar de nuevo y sentenciar a tres años de prisión, que ahora está purgando.

La cárcel le ha impedido revisar el texto del libro que había escrito poco antes de los acontecimientos de Hungría y que logró que amigos de su confianza sacaran de Yugoslavia en dos veces y entregaran a un editor de Nueva York, con el encargo escrito de que lo publicaran textualmente, sin tener en cuenta las consecuencias que ello pudiera acarrearle personalmente.

Hay que leer el libro de Djilas para darse cuenta del valor moral que significa no sólo haber adoptado su posición, sino persistir en ella y, estando en la cárcel, mandar publicar la obra, escrita, dice Djilas mismo "en circunstancias inciertas". Nadie puede predecir cuál será el destino de Djilas. Mas, a la vista de este libro, se puede tener la seguridad de que quedará, en recuerdo de muchos, como un ejemplo de sinceridad, de valor y de clarividencia.

Porque la obra de Djilas no sólo es valiente. Es, además y sobre todo, clarividente. Poseyendo elementos de juicio de primera mano, habiendo formado parte de la "nueva clase" que denuncia, utilizando el método marxista para su análisis, Djilas hace, con una serenidad inmutable, casi de entomólogo, la disección de la realidad del comunismo contemporáneo, y señala que el comunismo nacional —del cual él fue uno de los primeros teorizantes— no significa ningún cambio fundamental con respecto al comunismo soviético.

El libro, empero, no está escrito con la indiferencia del científico, sino con la pasión del luchador. Djilas, a los 45 años de edad, en la plenitud de su experiencia humana y política, continúa confiando en el hombre y en su capacidad de luchar. "Nadie puede privarse de pensar", dice. Pero esto tiene la certidumbre de que el comunismo nacional es ya el comunismo en decadencia, la expresión de la nueva clase en descomposición.

Djilas señala que fue Lenin quien creó las condiciones de dominio de la nueva clase, que Stalin estructuró y representó cabalmente. Aunque se puede discrepar de su interpretación según la cual el comunismo era indispensable para industrializar a los países atrasados, nadie dejará de sentirse impresionado por la descripción que hace de los métodos de detentación del poder y de la propiedad que emplea la nueva clase, y nadie podrá sustraerse a la indignación ante el análisis de los métodos de ejercicio de la tiranía contra el espíritu.

Djilas, desde su prisión yugoeslava, contempla la revolución húngara y señala a los pueblos ocupados por el comunismo el camino del futuro. A nosotros nos da un ejemplo de valor intelectual y de análisis sereno y apasionado a la vez, profundo y escueto. Budapest demostró que el comunismo no había podido embrutecer a la juventud ni engañar a los adultos. Djilas prueba, con su ejemplo personal, que tampoco logra corromper siempre a los propios miembros de la nueva clase.

Y esto es, de por sí, un motivo mayor de esperanza en el futuro.

x x x

Este resumen de "La Nueva Clase" se compone exclusivamente de fragmentos del texto original, traducido al español. Comprende aproximadamente la mitad de su extensión y no se ha suprimido ni un solo razonamiento ni nada esencial, sino únicamente citas y ejemplos ocasionales.

Víctor Alba



El Presidente Josip Broz Tito, acompañado de miembros de su Partido, durante la celebración del Décimo Aniversario del Gobierno Comunista de Yugoslavia.

De izquierda a derecha: Un Ministro no identificado, Alexander Rankovic, Tito, Milovan Djilas y Edward Kardelj. La foto fue tomada en una pequeña aldea de aquel país.

P R E F A C I O

No pretendo describir todas las dimensiones del conflicto que marca la penosa marcha de nuestro mundo contemporáneo. Ni pretendo conocer otro mundo que el comunista en el cual tengo la suerte o la desdicha de vivir. Me he propuesto presentar una visión del mundo comunista, pero no filosofar acerca del mismo por medio de generalizaciones, aunque a veces las generalizaciones me hayan resultado inevitables.

Durante mi vida de adulto he recorrido todo el camino que está abierto a un comunista, desde los escalones más bajos a los más altos de la escala jerárquica, desde tribunas locales y nacionales a tribunas internacionales, y desde la formación del verdadero Partido Comunista y la organización de la revolución al establecimiento de la llamada sociedad socialista.

Al describir la visión del mundo comunista y al escribir mis conclusiones sobre el mismo me separo gradualmente de él. Y al irme alejando de la realidad del comunismo contemporáneo, me acerco más y más a la ideal del socialismo democrático.

I

LOS ORIGENES

En la pretensión del comunismo contemporáneo de ser, si no la única y absoluta ciencia, por lo menos la ciencia más alta, basada en el materialismo dialéctico, se ocultan las simientes de su despotismo. Los orígenes de esta pretensión pueden hallarse en las ideas de Marx, aunque el propio Marx no la previó.

Partiendo de la premisa de que ellos sólo conocen las leyes que gobiernan a la sociedad, los comunistas llegan a la conclusión, excesivamente simplificada y anticientífica, de que este supuesto conocimiento les da el derecho y el poder de cambiar la sociedad y de controlar sus actividades. Esto constituye el mayor error de su sistema.

Marx era un científico y un ideólogo. Como científico, hizo importantes descubrimientos, especialmente en sociología. Como ideólogo, creó la base ideológica de los movimientos políticos mayores y más importantes de la historia moderna, que tuvieron lugar primero en Europa y ahora en Asia.

Pero, precisamente porque era un científico, economista y sociólogo, a Marx nunca se le ocurrió la idea de construir un sistema filosófico o ideológico total, que lo comprendiera todo. Los sucesores de Marx tendieron a presentar su enseñanza como un concepto completo del mundo. La ciencia, poco a poco, cedió lugar a la propaganda y, como resultado de ello, la propaganda tendió más y más a presentarse como ciencia.

Las ideas de Marx estaban influenciadas por la atmósfera científica de su tiempo y por su aspiración revolucionaria de dar al movimiento obrero una base más o menos científica. En sus discípulos influyeron un medio y unos motivos distintos, cuando convirtieron sus puntos de vista en un dogma.

La fuerza de la filosofía marxista no radicaba en sus elementos científicos, sino en su relación con un movimiento de masa, y más que nada en su insistencia en el deseo de cambiar la sociedad.

Las ideas revolucionarias de Marx, que eran condicionales y no

podían ser aplicadas universalmente, fueron transformadas por Lenin en principios absolutos y universales. Los desarrolló, entre otras obras, en "El extremismo, enfermedad infantil del comunismo", acaso su libro más dogmático, en el cual difiere de la posición de Marx, según la cual, en ciertos países —por ejemplo, la Gran Bretaña— la revolución no era inevitable.

Al desarrollar el punto de vista de Marx de que el capitalismo ha de ser substituído no sólo por una forma social y económica más alta —es decir, por el socialismo—, sino por una forma más alta de libertad humana, los socialdemócratas se consideraron con razón como los sucesores de Marx.

En los países en los cuales era difícil el progreso económico y político, en los cuales la clase obrera desempeñaba un papel muy débil en la sociedad, surgió lentamente la necesidad de convertir las enseñanzas del marxismo en un dogma y un sistema. Más aún, en países en los cuales las fuerzas económicas y las relaciones sociales no estaban todavía maduras para la transformación industrial, como en Rusia y luego China, la adopción y "dogmatización" de los aspectos revolucionarios de la enseñanza de Marx fue más rápida y completa.

No queda casi nada del marxismo original. En el Oeste, está agonizando. En el Este, como resultado del establecimiento del régimen comunista, de la dialéctica y del materialismo de Marx, sólo hay un residuo de formalismo y de dogmatismo, que se emplea para consolidar el poder, justificar la tiranía y violar la conciencia humana.

La historia traicionó a este gran maestro, como lo ha hecho con otros que intentaron interpretar sus leyes. Mientras que su teoría sobre la pauperización creciente de la clase obrera no se cumplía en los países de los cuales había derivado sus doctrinas, parecía, en cambio, aplicarse a los países agrarios de la Europa Oriental. De ahí que en ellos se convirtiera en el profeta de una nueva era, mientras que en el Oeste su talla se reducía a la de un erudito y un historiador.

En los países desarrollados, el rápido aumento de la producción y la adquisición de fuentes coloniales de materias primas y de mercados alteró la situación de la clase obrera. En esos países, la revolución se convirtió en algo sin sentido, antirrealista.

Los países no industrializados todavía, especialmente Rusia, se hallaban en una situación completamente distinta. Se enfrentaron a dilema de industrializarse o de ausentarse de la historia y convertirse en cautivos de los países desarrollados y de sus monopolios. En estos países, la revolución llegó a ser una necesidad ineludible, vital para la nación; sólo una clase podía realizarla: el proletariado, o el partido revolucionario que lo representara.

Esta razón básica para los comunistas, es decir, la necesidad vital de la transformación industrial, era común a todos los países,

como Rusia, China y Yugoslavia, en los cuales tuvo lugar la revolución.

Los trabajadores rusos no tenían más remedio que emplear las armas para eludir la desesperación y la muerte por hambre. Pero esta regla no se aplica a los países de la Europa Oriental —Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania y Bulgaria— por lo menos a los tres citados en primer lugar. No hicieron una revolución, puesto que el comunismo les fue impuesto por la fuerza del Ejército Soviético. No aspiraban a una transformación industrial, cuando menos por el método comunista, pues algunos ya lo habían alcanzado. En estos países, la revolución se impuso desde afuera y desde arriba por las bayonetas extranjeras y por un mecanismo de fuerza. Los movimientos comunistas eran débiles excepto en el más desarrollado de estos países, Checoslovaquia, donde se parecía al parlamentarismo social democrata. Por esto, la substancia y la forma de su comunismo debían ser idénticos al de la URSS. La URSS les impuso su sistema y los comunistas locales lo adoptaron gustosos. Cuanto más débil era el comunismo, tanto más debía imitar, incluso en la forma, al “hermano mayor”: el comunismo totalitario ruso.

El comunismo moderno se inició, como idea, con los comienzos de la industria moderna. Agoniza o se elimina en aquellas naciones en las cuales el desarrollo industrial ha alcanzado sus objetivos. Florece en aquellas otras en las que esto todavía no ha sucedido.

II

EL CARACTER DE LA REVOLUCION

El partido revolucionario no podía realizar en Rusia la revolución industrial a menos que concentrara en sus manos todos los recursos nacionales, en especial los de los capitalistas del país, contra los cuales las masas sentían odio, porque las habían hecho objeto de una dura explotación y de métodos inhumanos. El partido revolucionario tuvo que adoptar medidas semejantes contra los capitalistas extranjeros. Los otros partidos no pudieron seguir un programa semejante. Todos aspiraban a un regreso al sistema del pasado, a la conservación de relaciones anacrónicas y estáticas. Avanzando por la línea de la menor resistencia, los partidarios de la revolución y de la industrialización, a menudo se apartaron de la doctrina marxista y socialista. En todas las revoluciones anteriores, la fuerza y la violencia eran una consecuencia, instrumentos de fuerzas y relaciones económicas y sociales nuevas pero ya prevalecientes.

En las revoluciones comunistas contemporáneas, la situación es

enteramente distinta. No ocurrieron porque existieran ya en la economía nuevas relaciones —por ejemplo, relaciones socialistas—, o porque el capitalismo fuera “superdesarrollado”. Al contrario, ocurrieron porque el capitalismo no estaba plenamente desarrollado y porque no era capaz de realizar la transformación industrial del país.

En las revoluciones anteriores, la fuerza y la violencia revolucionarias se convertían en un obstáculo para la economía por cuanto el viejo orden había sido derribado. En las revoluciones comunistas, la fuerza y la violencia son una condición de su desarrollo y hasta de su “progreso”. Según los viejos revolucionarios, la fuerza y la violencia eran males necesarios y medios para llegar a un fin. Entre los comunistas, la fuerza y la violencia son objeto de culto y se convierten en objetivo. En el pasado, las clases y fuerzas que creaban una nueva sociedad existían ya antes de estallar la revolución. Las revoluciones comunistas son las primeras que han de crear una nueva sociedad y nuevas fuerzas sociales.

Del mismo modo que en Occidente, la revolución, tras todas sus “aberraciones” y “retiradas”, desemboca en la democracia, en el Este desemboca en el despotismo. En el Oeste, los métodos de terror y violencia se convierten en innecesarios y ridículos y hasta estorban en la realización de la revolución por los revolucionarios y por los partidos revolucionarios. En el Este ocurre lo contrario. No sólo continuó el despotismo, porque la transformación de la industria exigía tanto tiempo, sino que como veremos luego, duró largo tiempo una vez efectuada la industrialización.

La realización de una tarea tan grandiosa, sólo puede atraer a una minoría, y una minoría que cree fanáticamente en la posibilidad de ello. Ningún partido, antes, estuvo tan centralizado, ideológica y orgánicamente, como el Partido Comunista. Lenin puso de relieve esto, durante la revolución, al indicar las condiciones para ingresar en la Internacional Comunista. Como la revolución (en la revolución comunista) fue sólo el primer acto del ejercicio de la autoridad despótica y totalitaria por un grupo, es difícil predecir la duración de esta autoridad.

Por la práctica y la teoría los comunistas saben que están en conflicto con todas las clases y las ideologías y se conducen en consecuencia. Luchan no sólo contra la oposición efectiva, sino también contra la potencial. En los países bálticos, millares de personas fueron liquidadas, de la noche a la mañana, basándose en documentos que indicaban su anterior ideología. La matanza de varios miles de oficiales polacos, en los bosques de Katyn, tuvo un carácter similar. Con los comunistas, cuando ya la revolución ha terminado continúan todavía los métodos terroristas y de presión. Las revoluciones anteriores, en especial las llamadas burguesas, concedían gran importancia al establecimiento de las libertades individuales inmediatamente después de cesar el terror revolucionario. La independencia del

poder judicial era una consecuencia inevitable de estas revoluciones. El régimen comunista de la URSS, a los 40 años de la revolución, se halla aún muy lejos de establecer la independencia del poder judicial.

Hay otra gran diferencia entre las revoluciones anteriores y las actuales revoluciones comunistas. Aquéllas fueron un producto de las luchas de las clases trabajadoras, pero sus resultados definitivos los realizaba otra clase. La burguesía, en cuyo nombre se efectuó la revolución, cosechó en gran medida los frutos de las luchas de los campesinos y de los "sans-culottes". Las masas de la nación también participan en las revoluciones comunistas, pero aquéllas no cosechan sus frutos, sino que éstos benefician a la burocracia. Pues la burocracia no es otra cosa que el partido que encabezó la revolución.

La revolución comunista no devora a aquéllos de sus hijos que le son necesarios para avanzar, es decir, para la industrialización. Pero líquida a los revolucionarios que creyeron literalmente en las consignas e ideas de la revolución, confiando ingenuamente en su realización. La victoria corresponde al grupo que se hace con la autoridad, sobre una base políticosocial comunista, como instrumento de la futura transformación industrial.

La revolución comunista es la primera que se efectúa para beneficio de los revolucionarios. Son ellos, y la burocracia que se forma en torno suyo, los que cosechan los frutos. Esto crea en ellos y en todas las escalas del Partido la ilusión de que la suya es la primera revolución que permaneció fiel a sus consignas.

La revolución comunista, mientras se desarrolla, destruye el capitalismo, la propiedad de la tierra, la propiedad privada. Esta crea inmediatamente la ilusión de que se cumple la promesa revolucionaria de llegar a un reino de la igualdad y la justicia. El Partido, o la autoridad del Estado bajo su control, inicia, simultáneamente, extensas medidas de industrialización. Esto intensifica la creencia de que ha llegado finalmente la época de la liberación de la necesidad. Hay cierto despotismo y opresión, pero se aceptan como manifestaciones transitorias.

La revolución comunista no puede alcanzar uno solo de los ideales que le dan su fuerza inicial. Sin embargo, la revolución comunista ha llevado cierto grado de civilización industrial a grandes zonas de Europa y de Asia. En este sentido, se han creado las bases materiales para una futura sociedad más libre. Al imponer el más completo despotismo, la revolución comunista ha establecido, también, las bases para la destrucción del despotismo.

No puede decirse, sin embargo, que los comunistas engañaron conscientemente a la gente. La verdad es, sencillamente, que fueron incapaces de realizar lo que tan fanáticamente creían. No pueden reconocer esto ni siquiera cuando han de ejecutar un política contraria a cuanto prometieron antes de la revolución y durante ella. Desde

su punto de vista, reconocerlo equivaldría a admitir que la revolución era innecesaria, que ellos mismos salen sobrando. Las provisiones concretas de Marx resultaron frustradas. Lo mismo puede decirse de las de Lenin, que esperaba que con ayuda de la dictadura se crearía una sociedad sin clases. Pero la necesidad que hizo inevitable la revolución —la transformación industrial sobre la base de la tecnología moderna— se ha satisfecho ya.

La lógica abstracta indica que puesto que la revolución comunista realiza, en condiciones distintas y por la coacción del Estado, lo mismo que las revoluciones industriales y el capitalismo realizaron en Occidente, no es otra cosa que una forma de revolución capitalista estatal.

En la sociedad comunista, la burocracia utiliza, administra y controla la propiedad, tanto nacionalizada como socializada, así como toda la vida social. El papel de la burocracia en la sociedad, es decir, la administración y el control monopolítico de la renta nacional y de los bienes nacionales, le otorga una posición privilegiada especial.

La propiedad no es otra cosa que el derecho de obtener beneficios y de controlarlos. Si se definen los beneficios de clase por medio de este derecho, los Estados comunistas han visto, en último análisis, el origen de una nueva forma de propiedad o de una nueva clase dominadora y explotadora.

En contraste con las revoluciones anteriores, las revoluciones comunistas, realizadas en nombre del deseo de abolir las clases, han tenido por resultado la más completa autoridad jamás gozada por una sola clase. Todo lo demás es ilusión.

III

LA NUEVA CLASE

En la URSS y en los restantes países comunistas, todo ocurrió de modo distinto a como lo habían previsto los dirigentes comunistas, incluso algunos tan prominentes como Lenin, Stalin, Trotsky y Bujarin. Esperaban que el estado se disolvería rápidamente, que se reforzaría la democracia. Sucedió exactamente lo contrario. Esperaban un rápido mejoramiento del nivel de vida, y, hoy, el nivel de vida no ha variado, y en los países de la Europa Oriental, incluso ha descendido. En todos los casos, la tasa del nivel de vida no se elevó en la misma proporción que la tasa de industrialización, que ha sido mucho más rápida. Se esperaba que las diferencias entre gente del campo y gente de la ciudad, entre intelectuales y obreros manuales, desaparecerían lentamente; pero esta diferencia se ha acentuado.

Las previsiones comunistas en otros terrenos —incluyendo las referentes a acontecimientos en el mundo no comunista— han fracasado también.

La ilusión mayor de todas era la de que la industrialización y la colectivización, en URSS, llevarían a una sociedad sin clases. En 1956, al promulgarse la nueva Constitución, Stalin anunció que “la clase explotadora” había dejado de existir. La clase capitalista y otras clases de origen antiguo habían sido destruidas, pero se había formado una nueva clase, antes desconocida en la historia.

Esta nueva clase, la burocracia, o en términos más justos, la burocracia política, posee todas las características de las clases anteriores y algunas propias, nuevas. Está formada por quienes gozan de privilegios especiales y de preferencias debido al monopolio administrativo que detentan.

La base y el meollo de esta nueva clase se crea en el partido y en su cima, lo mismo que en los órganos políticos del Estado. El partido, antaño vivo y lleno de iniciativa, desaparece para convertirse en una oligarquía tradicional de la nueva clase, atrayendo irresistiblemente a sus filas a quienes aspiran a formar parte de la nueva clase y rechazando a quienes albergan algún ideal.

El partido hace a la clase, pero ésta se fortalece, mientras aquél se debilita. Este es el destino inevitable de todo partido comunista que alcanza el poder.

El proletariado atrasado de los países insuficientemente desarrollados constituye la materia prima de la cual surge la nueva clase. El monopolio, que en nombre de la clase obrera establece la nueva clase sobre el conjunto de la sociedad, es primordialmente un monopolio que se ejerce sobre la clase obrera. Esto constituye el mayor engaño que ha de cometer la nueva clase, pero indica que el poder y los intereses de la nueva clase radican, ante todo, en la industria. Sin la industria, la nueva clase no puede consolidar ni su situación ni su autoridad.

Los hijos del proletariado son los miembros más firmes de la nueva clase. Siempre ha sido el destino de los esclavos proporcionar a sus amos los representantes más hábiles y mejor dotados. En este caso, de la clase explotada ha nacido una nueva clase explotadora y dominadora.

Los burócratas de un Estado no comunista tienen dueños políticos, en general elegidos, o amos, mientras que los burócratas comunistas no tienen ni dueños políticos ni amos.

Según la define el derecho romano, la propiedad constituye el uso, goce y disposición de bienes materiales. La burocracia política comunista usa, goza y dispone de la propiedad nacionalizada.

La pertenencia a esta nueva clase se refleja en el disfrute de mayores bienes materiales y privilegios de los que la sociedad concedería normalmente por el desempeño de las funciones burocráticas políticas. En la práctica, el privilegio de propiedad se manifiesta

como el derecho exclusivo, en cuanto monopolio del partido, de la burocracia política, de distribuir la renta nacional, establecer salarios, dirigir el desarrollo económico y disponer de la propiedad nacionalizada y de la propiedad en general. El funcionario comunista aparece, a los ojos del hombre de la calle, como muy rico y el afortunado que no necesita trabajar.

Privar a los comunistas de sus derechos de propiedad equivaldría a abolirlos como clase. Obligarlos a ceder sus otros derechos sociales, de modo que los obreros pudieran participar en la distribución de los beneficios producidos por su trabajo, —cosa que los capitalistas han tenido que permitir, en fuerza de huelgas y de acciones parlamentarias— significaría que se priva a los comunistas de su monopolio sobre la propiedad, la ideología y el gobierno. Esto sería el comienzo de la democracia y de la libertad en un régimen comunista, es decir, el fin del monopolio y del totalitarismo comunista. Mientras no suceda esto, no puede haber indicios de que tengan lugar cambios importantes, fundamentales, en los sistemas comunistas, por lo menos a los ojos de quien reflexiona en serio el progreso social.

En el sistema comunista, el poder y el gobierno son idénticos al uso, goce y disposición de casi todos los bienes de la nación. Quien alcanza el poder, obtiene privilegios e, indirectamente, obtiene propiedad. Por consiguiente, en el comunismo, el poder o la política, como profesión, constituyen el ideal de quienes tienen el deseo de vivir como parásitos, a costa de otros.

Antes de la revolución, ser miembro del Partido Comunista significaba estar dispuesto a hacer muchos sacrificios. Ser un revolucionario profesional constituía un alto honor. Ahora que el Partido ha consolidado su poder, pertenecer a él significa pertenecer a una clase privilegiada. Y en la cima del Partido están los explotadores, los amos todopoderosos.

Por largo tiempo la revolución y el sistema comunista han venido ocultando su verdadera naturaleza. La aparición de la nueva clase se ha disimulado con la fraseología socialista y, cosa más importante todavía, con las nuevas formas colectivas de propiedad.

Marx no creó, realmente, ningún partido, Lenin destruyó todos los partidos excepto el suyo. Stalin relegó a segunda fila hasta el partido bolchevique, transformando su núcleo en el núcleo de la nueva clase, y convirtiendo al Partido en un grupo privilegiado impersonal e incoloro.

Marx murió en Londres como un exiliado pobre, pero apreciado por hombres sabios y honestos; Lenin murió siendo dirigente de una de las más grandes revoluciones, pero como un dictador en torno al cual se había empezado ya a formar un culto; Stalin murió después de haberse convertido en un dios. Estos cambios en la personalidad reflejan los cambios que habían ocurrido en el movimiento comunista y que eran su alma misma.

Aunque sin percatarse de ello, Lenin inició la organización de la nueva clase. Estableció el Partido de acuerdo con los puntos de vista bolcheviques y desarrolló la teoría de su papel de dirigente único en la construcción de la sociedad nueva. Sin embargo, el creador directo y verdadero de la nueva clase fue Stalin. Era hombre de reacciones rápidas y con cierta tendencia al humor grosero, de escasa cultura y ninguna elocuencia. Pero era un dogmático infatigable y un gran administrador; un georgiano que sabía mejor que nadie a dónde su nueva fuerza estaba conduciendo a la Gran Rusia. Creó la nueva clase empleando los medios más bárbaros, sin respetar siquiera a la nueva clase. Era inevitable que ésta, que lo colocó en su cima, acabara sometándose a su naturaleza brutal y desenfrenada. Fue el verdadero dirigente de esta clase, mientras se estaba formando y ascendía al poder.

El establecimiento de la nueva clase no fue fácil ni suave. Tropezó con la oposición decidida de las clases ya existentes y de aquellos revolucionarios que no podían reconciliar la realidad con los ideales de su lucha. A Trotsky sólo le faltaba una cualidad: sentido de la realidad. Esperaba que una masa cansada por la guerra, el hambre y la muerte, se mostrase pronta a la acción, cuando ya la nueva clase tenía fuertemente en sus manos las riendas del poder y había comenzado a gustar de las delicias del privilegio.

Stalin prometía un futuro brillante, que la burocracia podía imaginar como real porque su propia vida mejoraba de día en día y porque su posición se fortalecía. Trotsky fue el primero, aunque sin darse cuenta de ello, que al intentar salvar al movimiento comunista, descubrió la esencia del comunismo contemporáneo. Supuso que nos hallábamos sólo ante un apogeo momentáneo de la burocracia, corruptora del Partido y de la revolución, y llegó a la conclusión de que todo podía resolverse con un cambio en la cima, con una revolución de palacio. Cuando ésta ocurrió, después de la muerte de Stalin, pudo verse que la esencia no había cambiado. El Thermidor de Stalin no sólo había conducido a un gobierno más despótico que su predecesor, sino que llevó también a la instalación en el poder de una nueva clase.

A causa de su monopolio y de su totalitarismo, la nueva clase se encuentra inevitablemente en guerra con cuanto no administra o controla, y ha de aspirar deliberadamente a vencerlo o destruirlo. La nueva clase se sintió insegura mientras existieron otros propietarios. Por esto atacó a los campesinos. A parte de otro motivo: que los campesinos podían ser peligrosos en una situación inestable. La nueva clase tuvo pues, que someter económica y administrativamente al campesinado.

El hecho de que el apoderamiento de la propiedad de las otras clases —especialmente de los pequeños propietarios— condujera al descenso de la producción y al caos económico, no importaba a la nueva clase. Lo que le importaba, ante todo, como a cualquier otro

propietario de la historia, era el logro y la consolidación de la propiedad. La nueva clase se benefició con la propiedad que acababa de adquirir, aunque todo el resto de la nación saliera perdiendo. La colectivización forzosa de la agricultura fue una guerra horrenda y devastadora, que parecería una locura, a no ser por el hecho de que resultó provechosa para la nueva clase, al asegurar su superioridad.

Se adquirieron casas de campo, muebles; establecieronse centros de descanso y viviendas especiales para los burócratas de alto rango, la "élite" de la nueva clase. En muchos lugares el secretario del partido y el jefe de la policía no sólo se convirtieron en las autoridades más altas, sino que obtuvieron los mejores alojamientos, automóviles y otras manifestaciones de privilegio. Sus subordinados, según fuese su posición en la jerarquía burocrática, gozaban también de privilegios. Los presupuestos nacionales, de construcción y de reconstrucción, se convirtieron en una fuente inagotable y permanente de beneficios para la burocracia política.

En Yugoslavia, se abandonó la colectivización de la agricultura porque los campesinos se oponían a ella y porque el descenso de la producción que acarreó entrañaba un peligro latente para el régimen. Sin embargo, la nueva clase jamás renunció al derecho de volver a apoderarse de la propiedad o de colectivizarla. La nueva clase no puede renunciar a este derecho, porque si lo hiciera ya no sería monopólica y totalitaria.

El comunismo contemporáneo no es sólo un partido de determinado tipo, o una burocracia que ha surgido de la propiedad monopólica y de la excesiva ingerencia del Estado en la economía. Más que nada, el aspecto esencial del comunismo contemporáneo es la nueva clase de propietarios y explotadores.

Ninguna otra clase de la historia se ha mostrado tan coherente y decidida en defenderse y en controlar lo que posee: la propiedad colectiva y monopólica y la autoridad totalitaria.

El miembro comunista de la nueva clase cree que sin su partido la sociedad retrocedería y derrumbaría. Pero no tiene conciencia del hecho de que pertenece a una clase propietaria, pues no se considera a sí mismo como propietario y no toma en cuenta los privilegios especiales de que goza. Estima que pertenece a un grupo con ideas, actitudes, funciones y objetivos establecidos. Esto es todo lo que ve. No puede ver que, al mismo tiempo, pertenece a una categoría social especial: la nueva clase propietaria.

Hay muchas diferencias y muchas similitudes entre la nueva clase y las otras clases propietarias de la historia. Aquella es voraz e insaciable como la burguesía, pero no tiene las virtudes de frugalidad y de economía que tuvo la burguesía. La nueva clase es tan "Selecta" como la aristocracia, pero sin el refinamiento y el espíritu de la segunda. Los miembros del Partido consideran que la autoridad y el control de la propiedad van acompañados por los privilegios. Por lo tanto, aumentan entre ellos la ambición sin escrú-

pulos, la duplicidad, la envidia, la adulación. El “arribismo” y una burocracia en constante expansión son enfermedades incurables del comunismo.

La nueva clase se crea a base de los estratos más bajos y más amplios del pueblo, y está en constante movimiento. En ninguna parte y en ningún momento ha habido caminos tan abiertos para los fanáticos y los leales como en el sistema comunista. Pero la ascensión a la cima nunca ha sido tan difícil, jamás ha exigido tantos sacrificios y tantas víctimas.

El hecho de que en los países comunistas exista una nueva clase propietaria no lo explica todo, mas constituye la clase esencial para comprender los cambios que periódicamente tienen lugar en esos países, especialmente en la URSS. La llamada “liberalización” y la descentralización sólo benefician a los comunistas, primero a la oligarquía de los dirigentes, luego a los escalones inferiores. Constituye el nuevo método, inevitable en las cambiantes condiciones actuales, de reforzar y consolidar la propiedad monopolista y la autoridad totalitaria de la nueva clase. Todos los cambios propiciados por los jefes comunistas se inspiran ante todo en los intereses y aspiraciones de la nueva clase que, como cualquier grupo social, vive y reacciona, se defiende y avanza, con el fin de aumentar su poder. Esto no quiere decir que tales cambios carezcan de importancia para el resto del pueblo. El régimen comunista, como cualquier otro, ha de tener en cuenta el estado de ánimo y los movimientos de las masas. A pesar de su totalitarismo, la nueva clase no es inmune a todo tipo de oposición. La nueva clase es muy sensible a las exigencias de alguna libertad determinada —no de las libertades en general— en especial de la libertad de pensamiento y de crítica, dentro de los límites de las condiciones actuales y del “socialismo”. Pero la nueva clase se opone a cualquier tipo de libertad, con el pretexto de defender la propiedad “socialista”. Toda crítica de la administración monopolista de la propiedad por la nueva clase provoca el temor a perder el poder. Lo que más atemoriza a la nueva clase es la crítica que expone y revela la manera cómo gobierna y detenta el poder. Dondequiera que ha habido cierto grado de libertad para la sociedad en su conjunto, las clases gobernantes ha tenido que renunciar al monopolio de la propiedad. Lo contrario es también cierto: allí donde ha sido imposible el monopolio de la propiedad, cierto grado de libertad se ha convertido en inevitable.

Toda demanda de libertad basada en la afirmación de que la sociedad puede administrar mejor que el monopolio privado los bienes de capital producidos por la nación, y que, en consecuencia han de estar en manos de una sociedad representada por elementos libremente elegidos, obligará a la nueva clase, bien a hacer concesiones a otras fuerzas, o bien a quitarse la careta y a reconocer sus características explotadoras.

La contradicción entre la posición real de la nueva clase y su posición legal, proporciona la base de esta crítica, pues corroe las propias filas de la nueva clase. Además, esta contradicción, si se intensifica, ofrece perspectivas de cambios reales en el sistema comunista. El hecho de que esta contradicción sea tan evidente explica los cambios efectuados ya, como la "liberación" y la descentralización. Pero como la propiedad y la autoridad permanecen en manos de la nueva clase, estos cambios, incluso los de inspiración más democrática, refuerzan la administración de la burocracia política. La llamada gestión autónoma de los trabajadores, en Yugoslavia, concedida en la época de la lucha contra el imperialismo soviético como una medida democrática de largo alcance para quitar al Partido el monopolio de la administración, ha sido, luego, considerada más y más como uno de los aspectos del trabajo del Partido. Vemos, pues, que es difícil cambiar el sistema actual. Además, la gestión obrera no ha determinado que quienes producen compartan los beneficios de su producción, ni en el plano nacional ni en el plano local.

Esto no significa que la nueva clase no pueda hacer concesiones al pueblo, si lo considera útil para ella. La gestión obrera o la descentralización son concesiones a las masas. Las circunstancias pueden obligar a la nueva clase, por totalitaria y monopolista que sea, a efectuar una retirada ante las masas. En 1948, cuando estalló el conflicto entre Yugoslavia y la URSS, los dirigentes yugoeslavos se vieron obligados a efectuar ciertas reformas. Algo parecido ocurre ahora en los países de la Europa Oriental.

En defensa de su autoridad, la nueva clase ha de efectuar reformas cada vez que hacen evidente ante los ojos del pueblo que la nueva clase trata la propiedad nacional como cosa propia. No se reconoce que estas reformas son lo que realmente son, sino que se dice que constituyen "un nuevo paso en el desarrollo del socialismo" y de la "democracia socialista".

La nueva clase no puede evitar sus constantes y profundas contradicciones internas, pues, a pesar de su origen histórico, no es capaz de dar legalidad a su propiedad y, al mismo tiempo, no puede renunciar a la propiedad sin aceptar su propia destrucción como clase.

La nueva clase ejerce sobre los hombres un poder que no tiene paralelo en la historia. Por esta razón, se trata de una clase con puntos de vista muy estrechos, falsos e inseguros, ya que evalúa de un modo carente de realidad su propio papel y el de quienes la rodean. Una vez lograda la industrialización, la nueva clase no puede hacer otra cosa que reforzar su fuerza brutal y saquear al pueblo. Deja de crear. Su herencia espiritual se sume en las tinieblas.

Aunque la nueva clase logró con la revolución uno de sus mayores éxitos, sus métodos de control constituyen una de las páginas más vergonzosas de la historia. En el futuro, los hombres se maravillarán de las realizaciones de la nueva clase y se avergonzarán

de los medios empleados para llevarlas a cabo. Cuando la nueva clase abandone el escenario de la historia —y esto ocurrirá ineluctablemente— las lamentaciones por su desaparición serán menores que por la pérdida de cualquier otra clase del pasado.

Al asfixiar todo cuanto no satisface su “ego”, la nueva clase se ha condenado a sí misma al fracaso y a un aniquilamiento vergonzoso.

I V

EL ESTADO PARTIDISTA

El mecanismo de la dominación comunista es, acaso, el más sencillo que imaginar se pueda, aunque conduce a la tiranía más refinada y a la explotación más brutal. La simplicidad de este mecanismo se debe al hecho de que un partido único, el comunista, es la columna vertebral de toda actividad económica, política e ideológica. En ninguna parte se prescribe el “papel dirigente” del partido, mas su autoridad se ejerce en todas las organizaciones y sectores de la sociedad. Ninguna ley concede a la policía secreta el derecho de controlar la vida de los ciudadanos, pero la policía es todopoderosa. Ninguna ley establece que el poder judicial ha de ser dirigido por la policía secreta y por los comités del Partido, pero así sucede. La mayoría de la gente sabe que así es y todos saben lo que puede hacerse y lo que no puede hacerse, y lo que depende de cual.

El control de la maquinaria social por los comunistas se efectúa por medio de dos métodos esenciales. El primero es la unidad, el método básico en principio y en teoría. El segundo, de tipo más práctico, consiste en no permitir que ciertos puestos sean ocupados mas que por miembros del Partido. Estos puestos, esenciales en cualquier gobierno, pero mucho más todavía en un gobierno comunista, incluyen a la policía, sobre todo la policía secreta, y los cuerpos diplomáticos burocráticos, especialmente los puestos de los servicios de información y políticos.

Unicamente en el Partido Comunista es obligatoria para todos sus miembros la “unidad ideológica”, es decir, un concepto idéntico para todos del mundo y del desarrollo de la sociedad. Las consecuencias sociales de la unidad ideológica han sido trágicas; la dictadura de Lenin fue severa, pero la de Stalin se convirtió en totalitaria. La abolición de toda lucha ideológica en el seno del partido significó la terminación de toda libertad en la sociedad, puesto que los diversos estratos sociales sólo podían expresarse a través del Partido. La intolerancia respecto a las ideas ajenas y la afirmación

del carácter científico exclusivo del marxismo fueron el comienzo del monopolio ideológico sobre la sociedad. La unidad ideológica del Partido es la base espiritual de la dictadura personal. Los miembros del Partido se ven obligados no sólo a ser marxistas, sino a aceptar y defender el tipo de marxismo prescrito por la dirección del Partido. El marxismo se ha transformado de una ideología revolucionaria en un dogma impuesto. Como el antiguo despotismo oriental, la autoridad suprema prescribe e interpreta el dogma. Ninguna clase o partido, en la historia moderna, ha logrado una unidad ideológica completa, salvo la burocracia comunista.

Stalin sabía que Trotsky, Bujarin, Zinoviev, no eran espías extranjeros ni traidores a "la patria del socialismo". Pero como sus discrepancias con él retrasaban el establecimiento del control totalitario, tuvo que aniquilarlos.

Los métodos para establecer el control totalitario y la unidad ideológica pueden ser menos brutales que los de Stalin, pero la esencia es siempre la misma. Incluso allí donde la necesidad de la industrialización no ayuda al establecimiento del control totalitario — como en Checoslovaquia y Hungría—, la burocracia comunista se ve inevitablemente empujada a adoptar las mismas formas de autoridad que en los países insuficientemente desarrollados, imitando a las de la URSS. Esto no ocurre simplemente porque la URSS imponga estas formas, sino porque la naturaleza misma de los partidos comunistas y de su ideología los obliga a hacerlo así. En cuanto la burocracia comunista alcanza el poder, dondequiera que sea, desarrolla características esenciales e inevitables: el control del Partido sobre la sociedad, la identificación del gobierno y del aparato gubernamental con el Partido, y de la dependencia del derecho de expresar ideas de la situación que se ocupa en la jerarquía del Partido...

Considerada desde el punto de vista de la libertad, una dictadura militar en un sistema comunista significaría un progreso considerable. Entrañaría la terminación del control totalitario por el Partido o por la oligarquía del Partido.

Aunque ciertas capas del proletariado apoyen transitoriamente al Partido, el gobierno no es de los proletarios ni la parte que el proletariado ocupa en el gobierno tiene ninguna importancia para el progreso social y las relaciones sociales. En el sistema comunista, no se hace nada con el fin de ayudar a los trabajadores, y en especial a la clase obrera, a que alcancen el poder y conquisten derechos. No puede ser de otro modo.

Lenin creía que los Soviets serían la expresión de la dictadura del proletariado. Al principio, a causa de su iniciativa revolucionaria y de la participación de las masas, pareció que así era. Trotsky también creyó que los Soviets, constituían la forma política contemporánea, como el parlamento lo fuera en la lucha contra la monarquía absoluta. Pero esto eran meras ilusiones. Los Soviets se

transformaron de organismos en la forma apropiada para la dictadura totalitaria de la nueva clase y del Partido.

Igual ocurrió con el centralismo democrático de Lenin, tanto en el Partido como en el gobierno. Cuando se crea la autoridad totalitaria, el centralismo desaparece y lo substituye el despotismo declarado de la oligarquía.

Además, es evidente que existe cierta tendencia constante a transformar la dictadura de la oligarquía en una dictadura personal. Hay una razón específicamente comunista en favor de la dictadura personal: la autoridad constituye el objetivo y el método fundamentales del comunismo y de todo comunista auténtico. La sed de poder entre los comunistas es irresistible e insaciable. La ambición, el deseo de poder y la corrupción son inevitables, en estas circunstancias. No se trata de la corrupción de los funcionarios públicos, pues puede ser mucho menor que en el Estado que precedió al comunista. Se trata de un tipo de corrupción producido por el hecho de que el gobierno se halla en manos de un solo grupo político y es la fuente de todos los privilegios. Resulta inevitable, pues, que el Partido "proteja" a sus miembros y distribuya entre ellos toda clase de privilegios. El hecho de que el gobierno y el partido sean idénticos al Estado y, en la práctica, al disfrute de la propiedad, es causa de que el Estado comunista se corrompa a sí mismo, al crear ineludiblemente privilegios y funciones parásitas.

El comunista auténtico es una mezcla de fanático y obsesionado por la detentación del poder. Sólo este tipo llega a ser un verdadero comunista. Los otros son o idealistas o simples ambiciosos.

Dado que se basa en la administración, el sistema comunista es inevitablemente burocrático, con una organización rigidamente jerarquizada. En el sistema comunista se forman grupos exclusivos en torno a los dirigentes y a los cuerpos directivos. La política se reduce a las intrigas en el seno de estos grupos, en los cuales florecen el favoritismo y el espíritu de clan. El grupo de la cima es, en general, aquél en el cual prevalece una mayor intimidación. Los asuntos del Estado, de la mayor importancia, se resuelven en cenas íntimas, en cacerías, en charlas entre dos o tres hombres. Las reuniones del Partido —conferencias, asambleas, comités, y las reuniones del gobierno —sólo sirven para cubrir las apariencias y dar forma legal a las decisiones de los dirigentes.

Esta especie de monarquía es cualquier cosa menos ilustrada. El monarca mismo, el dictador, no se considera como tal. Cuando lo llamaron dictador, Stalin se rió de la idea. Estimábase como el representante de la voluntad colectiva del Partido. En cierto grado tenía razón, pues nadie en la historia llegó a detentar tanto poder personal como él.

En el sistema comunista, nadie es independiente, ni los que ocupan los puestos superiores, ni el dictador mismo. Dependen unos de

otros y han de evitar hallarse separados de su medio, de las ideas prevalecientes, de los intereses que representan.

En vista de esto, ¿tiene sentido hablar de la dictadura del proletariado bajo el comunismo? La teoría comunista del Estado, elaborada por Lenin con todos los detalles y completada por Stalin y por otros, favorece la dictadura totalitaria de la burocracia del Partido. En esta teoría hay dos elementos fundamentales: la teoría del Estado total y la teoría del desvanecimiento gradual del Estado. La experiencia ha demostrado que los resultados de esta teoría son completamente opuestos a los previstos por Lenin. Bajo la "dictadura del proletariado", las clases no han desaparecido y la "dictadura del proletariado" no ha comenzado a desvanecerse.

Los regímenes comunistas son una forma de guerra civil latente entre el gobierno y el pueblo. El Estado no es simplemente un instrumento de tiranía; la sociedad y hasta los elementos ejecutivos de la maquinaria estatal están en continua oposición a la oligarquía, que aspira a vencer esta oposición por medio de la fuerza. En la práctica, los comunistas no logran alcanzar su objetivo de instaurar un Estado basado únicamente en la fuerza ni consiguen someter por completo a la sociedad. Pero controlan los órganos de aplicación de la fuerza, la policía y el Partido, que a su vez controlan la maquinaria estatal.

En los sistemas comunistas, el Estado y las funciones estatales no se reducen a ser órganos de opresión y no se identifican con ellos. Como organización de la vida social y nacional, el Estado se halla subordinado a los órganos de opresión. El comunismo es incapaz de resolver esta incongruencia, pues debido a su despotismo totalitario ha de entrar en conflictos con tendencias distintas y opuestas de la sociedad, que se expresan incluso a través de las funciones sociales del Estado.

A causa de esta contradicción y de la inevitable y constante necesidad de los comunistas de tratar al Estado predominantemente como un instrumento de fuerza, el Estado comunista no puede llegar a ser un Estado legal, en el cual el poder judicial es independiente del gobierno y en el cual las leyes puedan aplicarse. El sistema comunista se opone a un Estado de ese tipo. Incluso si los dirigentes comunistas desearan crear un Estado legal, no podrían hacerlo sin poner en peligro su autoridad totalitaria.

Un poder judicial independiente y el predominio de la ley haría automáticamente posible la aparición de una oposición. Por ejemplo, en los sistemas comunistas ninguna ley se opone a la libre expresión de las opiniones ni al derecho de asociación. Las leyes garantizan a los ciudadanos el disfrute de toda clase de derechos, y se basan en el principio de la independencia del poder judicial. En la práctica no hay nada de esto.

En el régimen comunista, la autoridad legislativa no puede separarse de la ejecutiva. En un sistema de partido único esto consti-

tuye una de las fuentes de despotismo y de omnipotencia en el gobierno. De igual modo, ha sido imposible separar en la práctica a la autoridad policíaca de la autoridad judicial. Los mismos que detienen, juzgan y aplican la sentencia. El círculo se cierra: el poder ejecutivo, el poder legislativo, los investigadores, los juzgadores y los organismos de castigo forman un solo y mismo cuerpo.

¿Por qué la dictadura comunista ha de utilizar las leyes en la medida en qué lo hace? ¿Qué se oculta detrás de esta legalidad? Una de las razones es la propaganda política en el extranjero. Otra es que los regímenes comunistas han de asegurar y fijar los derechos de aquéllos de quienes depende para mantenerse: los miembros de la nueva clase. Las leyes se redactan siempre desde el punto de vista de las necesidades e intereses de la nueva clase o del Partido. Oficialmente, estas leyes se destinan a todos los ciudadanos, pero los ciudadanos gozan condicionalmente de los derechos establecidos en ellas, es decir, sólo si no son "enemigos del socialismo". Por lo tanto, los comunistas están constantemente preocupados por la posibilidad de tener que aplicar las leyes que promulgan. Por esto, tales leyes siempre tienen trampas o excepciones que permiten no aplicarlas.

Por ejemplo, las autoridades legislativas yugoeslavas aceptan el principio de que nadie puede ser sentenciado salvo por la comisión de un acto que la ley describe expresamente. Sin embargo, muchos de los juicios políticos tienen lugar bajo la acusación de la llamada "propaganda hostil", aunque este "delito" no está definido por la ley, sino que se deja a juicio del juez o de la policía secreta. Los procesos de Moscú constituyen los ejemplos más grotescos y sangrientos de la comedia legal en uso en los sistemas comunistas.

¿Cómo se organizan los procesos políticos? En primer lugar, por sugestión de funcionarios del Partido, la policía del Partido establece que determinada persona es un "enemigo" de las condiciones existentes, que, por lo menos, sus puntos de vistas y sus conversaciones con los amigos íntimos significan molestias, en el mejor de los casos, para las autoridades locales. El siguiente paso consiste en preparar la eliminación legal del enemigo. Esto se hace ya sea mediante un provocador, que provoca a la víctima a hacer "declaraciones peligrosas", a participar en una supuesta organización ilegal, o cometer actos semejantes, o bien se hace por medio de un delator, que se limita a testimoniar contra la víctima de acuerdo con los deseos de la policía.

La mayoría de las organizaciones ilegales existentes en los regímenes comunistas han sido creadas por la policía para atraer a los opositoristas y colocarlos en una situación que permita ajustarles las cuentas. El gobierno comunista no trata que se cometan delitos, sino los fomenta, para conocer y castigar a sus autores. Stalin, en general, prescindía de los tribunales, empleando en gran escala la tortura. Pero cuando no se usa el tormento y se recurre a los tri-

bunales, la esencia es la misma: los comunistas ajustan las cuentas con los opositores, no porque éstos hayan cometido delitos sino porque son opositores.

Cuando los ciudadanos se oponen espontáneamente a las medidas del régimen, las autoridades comunistas los tratan sin tener para nada en cuenta las prescripciones legales o constitucionales. La historia moderna no ofrece ningún ejemplo de acciones contra la oposición de las masas tan brutales, ilegales, e inhumanas como las de los regímenes comunistas. Los acontecimientos de Poznan son los más conocidos, pero no los más brutales. Este libro se escribió antes de la revolución húngara de Octubre de 1956 (N. de T.). Las fuerzas coloniales y de ocupación raramente recurren a medidas tan severas, a pesar de que sean vencedoras e impongan leyes extraordinarias. Los comunistas las aplican en su propio país y pisoteando sus propias leyes.

¿Por qué los comunistas no pueden prescindir de las elecciones, aunque éstas no ejercen ningún efecto en las relaciones políticas, y por qué no pueden prescindir de un órgano tan costoso y vacío como el parlamento?

Una de las razones, también aquí, es la propaganda y la política internacionales. Pero hay, además, esto: ningún gobierno, ni siquiera un gobierno comunista, puede existir sin estar legalmente constituido. En el mundo contemporáneo, esto se logra mediante los representantes elegidos por el pueblo. El pueblo ha de confirmar todo lo que los comunistas hacen.

Por otra parte hay una razón más profunda e importante que explica la existencia del sistema parlamentario bajo el comunismo. Es necesario que la burocracia del Partido o el núcleo político de la nueva clase apruebe las medidas adoptadas por el gobierno, cuerpo supremo de la nueva clase. Por lo tanto, incluso si las elecciones tienen escaso significado para los comunistas, se pone gran cuidado en la selección de quienes habrán de formar el parlamento, efectuada por el grupo superior del Partido.

En diversos países de la Europa Oriental ha habido recientemente elecciones con varios candidatos para un mismo puesto. No creo que esto llegue a establecerse como una costumbre, porque significaría un paso hacia la democracia. Me parece que en los países de la Europa Oriental los primeros pasos consistirían en imitar la gestión "obrera" al modo yugoeslavo, en vez de convertirse en democracias políticas. El núcleo despótico sigue teniéndolo todo en sus manos, pues sabe que el abandono de la tradicional unidad del partido sería muy peligroso para el régimen. El menor grado de libertad en el seno del partido pone en peligro no sólo la autoridad de los dirigentes, sino el propio totalitarismo.

Fundado sobre la fuerza y la violencia, en conflicto constante con el pueblo, el Estado comunista—incluso cuando no hay motivos exteriores— ha de ser militarista. En ninguna parte se rinde tan-

to culto a la fuerza —especialmente a la fuerza militar— como en los países comunistas de la nueva clase, y es una de las fuerzas que hacen posible la existencia de la nueva clase y de sus privilegios.

A quien no vive dentro de estos sistemas le cuesta comprender cómo seres humanos —y en especial la gente tan valerosa y orgullosa de la Europa Oriental— han podido abandonar a tal grado sus libertades de pensamiento y de trabajo. La explicación más corriente, aunque no la más completa, consiste en recordar la dureza y el carácter total de la tiranía. Pero en la raíz de esta situación hay otras razones más profundas.

Una es de tipo histórico: el pueblo se vio obligado a soportar la pérdida de la libertad bajo el empuje irresistible hacia la transformación económica. Otra razón es de naturaleza intelectual y moral: ya que la industrialización se había convertido en una cuestión de vida o muerte, el socialismo —o el comunismo como su expresión idea!— se convirtió en el ideal y la esperanza, hasta alcanzar casi un grado de obsesión religiosa, entre una parte de la población y entre los comunistas. Para quienes no pertenecían a las antiguas clases sociales propietarias, rebelarse contra el partido o el gobierno hubiese equivalido a traicionar a la patria y a los ideales más altos.

La razón más importante de por qué no hubo resistencia organizada contra el comunismo radica en el carácter totalitario del Estado comunista. Había penetrado en todos los poros de la sociedad y de la personalidad individual —en las visiones de los científicos, en la inspiración de los poetas, en los sueños de los enamorados—. El verse contra el comunismo era no sólo exponerse a morir como un desesperado, sino verse expulsado de la sociedad. Ninguno de los tipos de grupos de oposición —la que procede de las viejas clases y la que procede de comunistas desilusionados— encontró el medio de combatir este “chantage” a su libertad.

Sin embargo, el pueblo se mostraba suspicaz ante el comunismo y se resistía a cada nuevo paso, a cada detalle. Hoy esta resistencia constituye el mayor peligro con que se enfrentan los regímenes comunistas. Los oligarcas comunistas ya no saben lo que sienten y piensan las masas. El régimen encuéntrase inseguro, en un mar agitado de profundo descontento. Aunque la historia no recuerda ningún otro régimen que con tanto éxito como la dictadura haya logrado toda oposición, ningún régimen, tampoco, ha provocado un descontento tan general y de tan largo alcance. El totalitarismo comunista conduce a un descontento total, en el cual se desvanecen gradualmente las diferencias de opinión, salvo la desesperación y el odio. La resistencia espontánea —el descontento de millones de gentes por los detalles cotidianos de la vida— es la única forma de resistencia que los comunistas no han podido aniquilar.

EL DOGMATISMO ECONOMICO

El desarrollo de la economía en el sistema comunista no es la base sino el reflejo del desarrollo del régimen mismo, desde una dictadura revolucionaria a un despotismo reaccionario. Este desarrollo, a través de luchas y disputas, demuestran cómo la ingerencia del gobierno en la economía, necesaria al principio, se ha convertido luego, en un interés personal vital de la burocracia gobernante. Al comienzo, el Estado tomó a su cargo todos los medios de producción, a fin de controlar todas las inversiones en favor de una industrialización rápida. En definitiva, el desarrollo económico posterior ha acabado orientándose principalmente por el interés de la clase dominante.

Los dirigentes comunistas creen realmente que conocen las leyes económicas y que puedan administrar la producción con exactitud científica. La verdad es que lo único que saben es cómo apoderarse de la economía. Su capacidad para esto, igual que su victoria en la revolución, ha creado la ilusión, en su espíritu, de que tienen éxito a causa de su excepcional capacidad científica.

Además de verse empujada por la necesidad histórica de la industrialización rápida, la burocracia comunista se ha visto obligada, olvidándose de Marx, a establecer un tipo de sistema económico destinado a asegurar la perpetuación de su propio poder. Los comunistas no pueden conseguir un control completo de la producción, pero han logrado controlarla en tal medida que la subordinan continuamente a sus objetivos políticos e ideológicos. En este sentido, el comunismo se diferencia de cualquier otro sistema político.

Los campos de trabajo y otros tipos de trabajo "voluntario" son sólo las formas más extremas y peores del trabajo forzado. Este puede tener, en otros sistemas, un carácter transitorio, pero en el comunismo el trabajo forzado se ha convertido en un rasgo permanente del régimen. Es el resultado del monopolio de toda, o casi toda, la propiedad nacional. El obrero se encuentra no sólo con que ha de vender forzosamente su fuerza de trabajo, sino que ha de venderla en condiciones que están fuera de su dominio, puesto que no puede buscar un patrono distinto y mejor.

Hablando en abstracto, la fuerza de trabajo, tomada en su conjunto, es un factor en la producción social total. La nueva clase gobernante, con su monopolio material y político, emplea este factor en casi la misma medida en que utiliza otros bienes y elementos de producción nacionales, y lo trata del mismo modo, sin consideración ninguna por su carácter humano. Este sistema conduce inevitablemente a la falta de interés en el trabajo por parte del productor, es decir, del obrero. También conduce a la baja calidad de la producción, al descenso del nivel técnico y de la productividad, y al de-

terio de los bienes de capital. En este sistema, son inevitables y frecuentes los esfuerzos para estimular al obrero. La burocracia ofrece toda clase de primas y premios, a fin de contrarrestar la falta de interés. Pero mientras los comunistas no cambien el sistema mismo, mientras conserven su monopolio sobre la propiedad y el gobierno, no pueden estimular por mucho tiempo al trabajador, y menos todavía a la fuerza de trabajo en su conjunto.

Sin el derecho de huelga y el derecho de decidir quién posee los bienes, los obreros no han tenido ninguna posibilidad de obtener una participación real en las utilidades. Es evidente que todos estos derechos están íntimamente ligados con diversas formas de la libertad política. No pueden alcanzarse aislados unos de otros.

En este sistema es imposible la libre organización de sindicatos y las huelgas tienen lugar con extremada rareza, como las explotaciones de descontento obrero en Alemania del Este en 1954 y en Poznan en 1956. Cuando ha estallado alguna huelga pequeña, se ha generalizado y adquirido un carácter político claro. Además, los regímenes comunistas constantemente corrompen y dividen a la clase obrera, por medio de funcionarios pagados, salidos de las filas de aquella, que la "educan", la "elevan ideológicamente" y la dirigen en su vida cotidiana. Las organizaciones obreras bajo el régimen comunista, son en realidad organizaciones "blancas" o de "esquiroleros" o "amarillas" de un tipo especial. Esta última expresión se justifica porque el patrono es, al mismo tiempo, el gobierno y el exponente de la ideología predominante.

A pesar de que no hay libertad de acción para las organizaciones obreras libres, existe un límite a la explotación, incluso dentro de un sistema comunista. Además de los límites políticos al descontento entre los trabajadores y otras consideraciones que pueden variar, hay otros límites constantes a la explotación: las formas y grados de explotación que llegan a ser tan costosas para el sistema que, tarde o temprano, han de cesar a causa de su carácter antieconómico.

La pretensión de que no hay desempleo en los sistemas comunistas oculta heridas que se descubren cuando se examina más de cerca la realidad. En cuanto todos los bienes caen bajo el control de un solo organismo, estos bienes, igual que las necesidades de mano de obra, han de someterse a planificación. Las necesidades políticas ejercen gran influencia en la planificación y ello tiene por resultado que ciertas ramas de la industria sobreviven a costa de otras. La planificación, pues, oculta en realidad el desempleo. En cuanto las industrias se movieran libremente o en cuanto una de las ramas industriales deje de ser necesaria, o en cuanto se reforzaran los lazos con el mercado mundial, el desempleo se presentaría abiertamente.

En la economía comunista el pleno empleo oculta el desempleo, y la pobreza de todos oculta el desempleo de muchos; del mismo modo que el progreso fenomenal de algunos sectores de la economía oculta el atraso de otros.

¿Cómo no puede ser planificada una economía que tiene un solo dueño? La planificación comunista desarrolla las ramas que contribuyen a reforzar el régimen. Esta es la regla general, aunque hay excepciones a ella, especialmente en los países que se apartan de Moscú?

Las consideraciones militares y políticas predominan. Todo se subordina a estos objetivos. Por lo tanto, muchas ramas de la economía trabajan ineficazmente, son inevitables las desproporciones y dificultades, y la inflación crónica y los costos excesivos de producción se deslizan en todas partes. Así ocurre en la URSS y no es muy distinto en los demás países comunistas, incluso en Checoslovaquia, con estar técnicamente mucho más adelantada.

Por motivos ideológicos, los comunistas invierten intensamente en ciertas ramas de la economía. Toda la planificación gira en torno a estas ramas. Esto conduce a profundos desplazamientos económicos que no pueden pagarse con la renta de las granjas nacionalizadas, expropiadas a los capitalistas y a los grandes propietarios, sino que han de pagarse principalmente por medio de la imposición de bajos salarios y del saqueo a los campesinos a través del sistema de venta obligatoria de la cosecha del Estado.

En las condiciones actuales, en las cuales los intereses mundiales están estrechamente entrelazados y en las que las guerras son totales, la mantequilla tiene una importancia militar casi tan grande como los cañones. Esto se confirma incluso en la URSS. Los productos alimenticios de los Estados Unidos fueron casi tan decisivos como las armas, para obtener la victoria.

La concentración de todos los medios para lograr un propósito determinado permite que se realicen rápidos progresos en ciertas ramas de la economía. Pero cuando se consideran las condiciones de atraso de las otras ramas, el progreso logrado no se justifica desde el punto de vista de la economía en su conjunto.

El monopolio exclusivo de un grupo en la planificación tanto económica como política, destinado a aumentar su poder y a favorecer sus intereses en el país y en el mundo entero, aplaza continuamente el mejoramiento del nivel de vida y el desarrollo armónico de la economía. La razón definitiva de este aplazamiento constante es la ausencia de libertad. En los sistemas comunistas, la libertad se ha convertido en el principal problema económico y general.

La economía planificada comunista oculta en su seno una anarquía de tipo especial. A despecho de ser planificada, la economía comunista es, acaso, la más derrochadora de la historia de la humanidad. Un despilfarro de proporciones fantásticas no habría podido evitarse incluso de no haberse tratado de un grupo que lo considerara todo, hasta la economía, desde el punto de vista de su propiedad e ideología. ¿Cómo podría un solo grupo de este tipo administrar eficaz y económicamente una compleja economía moderna, que a pesar de estar completamente planificada, muestra tendencias inter-

nas y externas diversas y a menudo contradictorias, en cotidiana variación? Periódicamente, los dirigentes se critican cuando se prueba que algún aspecto de la economía no avanza y cuando se hace evidente un despilfarro enorme. Krushev criticó a Stalin por su política agraria. Tito criticó a su propio régimen por las excesivas inversiones y por el despilfarro de millones. Ochab, de Polonia, se criticó a sí mismo por su negligencia "condicional" con respecto al nivel de vida. Pero la esencia sigue siendo la misma. Los mismos hombres prolongan el mismo sistema con los mismos métodos, hasta que las "irregularidades" aparecen. Las pérdidas sufridas ya no pueden resarcirse y por esto ni el régimen ni el Partido aceptan la responsabilidad de haberlas causado. El régimen y el Partido "toman nota", "descubren" los errores y prometen que éstos serán "corregidos". Y vuelta a empezar... No hay pruebas de que un solo dirigente comunista haya sufrido a causa de haber gastado improductivamente o con despilfarro. Pero muchos han sido depuestos a causa de "desviaciones ideológicas".

El despilfarro mayor ni siquiera es visible. Se trata del de la mano de obra. El trabajo lento y poco productivo de millones de obreros sin interés por su tarea, junto con la prohibición de todo trabajo que no se considere "socialista", constituye un despilfarro incalculable, invisible y gigantesco que ningún régimen comunista ha logrado evitar.

¿Por cuánto tiempo y hasta dónde puede soportar una nación este estado de cosas? Se acerca el momento en que la industrialización, que al principio hizo inevitable el comunismo, hará superfluas, con su desarrollo futuro, las formas comunistas de gobierno y de propiedad.

Lenin tenía en gran parte razón cuando afirmaba que la política es la "economía concentrada". En el sistema comunista, esto es al revés: la economía se ha convertido en la política concentrada, o sea, que la política desempeña un papel casi decisivo en la economía. La segregación del mercado mundial o la creación de un "mercado socialista", que Stalin inauguró y al cual todavía adhieren los dirigentes soviéticos, representa, acaso, el motivo principal de la escasez y de la pobreza mundiales.

A pesar de su concentración en un par de manos, y de sus rápidos aunque desequilibrados éxitos, el sistema económico comunista ha mostrado profundas grietas y debilidades, desde el momento mismo de su victoria completa.

Aunque no ha alcanzado la cima de su poder, tropieza ya con dificultades. Su futuro es menos y menos seguro. El sistema económico comunista dentro y fuera de los países donde domina, tendrá que luchar furiosamente por su existencia.

VI

LA TIRANIA CONTRA EL ESPIRITU

Buscar en la filosofía comunista la fuente de la tiranía contra el espíritu es algo que se justifica sólo parcialmente. Los comunistas ejercen esta tiranía con cínico refinamiento, en cuanto llegan al poder. El materialismo comunista es, sin duda, más exclusivo que cualquier otra concepción contemporánea del mundo. Empuja a quienes adhieren a él a una posición desde la cual es imposible sostener ningún otro punto de vista. Pero si esta visión no estuviera relacionada con formas concretas de gobierno y de propiedad, no bastaría para explicar los monstruosos métodos de opresión y de destrucción del espíritu humano.

A causa de la atmósfera científica de la época y de las necesidades del movimiento socialista, Marx y Engels llegaron a pensar que cuanto no era importante para ellos o para el movimiento, no tenía importancia, ni siquiera objetivamente, es decir, que si era algo independiente del movimiento, carecía de interés. Por consiguiente, desdeñaron a los espíritus más importantes de su época y hasta a sus adversarios en el seno del movimiento. Apoyándose en Marx, Lenin enseñó, como una ley de la historia, que el materialismo es progresivo y el idealismo, reaccionario. Esto no sólo era unilateral y erróneo, sino que acentuó el carácter exclusivo del materialismo de Marx. Considerando que el materialismo ha sido la ideología de los movimientos sociales revolucionarios y subversivos, Lenin sacó la conclusión unilateral de que el materialismo es siempre progresivo, incluso en la investigación y en el desarrollo del espíritu del hombre, mientras que el idealismo es reaccionario. Lenin confundió la forma y el método con el contenido y con los descubrimientos científicos.

Stalin fue más allá. "Desarrolló" a Lenin sin poseer los conocimientos ni la profundidad de Lenin. Una investigación cuidadosa nos llevaría a la conclusión de que este hombre, de quien el propio Kruschev afirma hoy que fue uno de los "mejores Marxistas", no había leído "El Capital" de Marx, la obra más importante del marxismo.

Los sucesores de Stalin no tienen siquiera su burda cohesión interna y su dogmática fuerza de convicción. Hombres mediocres en todo, poseen un sentido de la realidad poco común. Incapaces de generar nuevos sistemas o nuevas ideas, debido a sus compromisos con las realidades burocráticas vitales, son capaces solamente de asfixiar o de imposibilitar la creación de cualquier cosa nueva.

Esta es la evolución del aspecto dogmático y exclusivo de la ideología comunista. El llamado "desarrollo posterior del marxismo" ha conducido al reforzamiento de la nueva clase y a la soberanía no solamente de una ideología única, sino del pensamiento de un solo hombre o de un grupo único de oligarcas. El comunismo contempo-

ráneo, cada vez más unilateral y exclusivo, crea medias verdades y trata de justificarlas. A primera vista, parece que sus puntos de vista, tomados por separado, son ciertos. Pero están incurablemente contaminados por las mentiras. Estas falsas verdades se hallan exageradas y corrompidas hasta el punto de que llegan a ser perversas. Cuanto más rígida e inspirada es la mentira, tanto más refuerza el monopolio de los dirigentes sobre la sociedad, y, así, sobre la propia teoría comunista.

La proposición de que el marxismo es un método universal, que los comunistas están obligados a aceptar y defender, ha de conducir, en la práctica, a la tiranía en todas las esferas de la actividad intelectual. Los hombres de ciencia se encuentran con el dilema constante de saber si sus ideas y hallazgos perjudicarían el dogma oficial. Por lo tanto, se ven obligados a mostrarse oportunistas y a aceptar compromisos con respecto a la ciencia. Lo mismo ocurre con otros intelectuales. El comunismo contemporáneo nos recuerda, en muchos aspectos, el exclusivismo de las sectas religiosas de la Edad Media. Contiene también ciertos elementos del exclusivismo dogmático de los puritanos de la época de Cronwell y de la intolerancia política de los jacobinos. Pero hay diferencias esenciales. Los puritanos creían rigidamente en la Biblia y los comunistas creen en la ciencia. El poder comunista es más completo que el de los jacobinos. Las diferencias emanan, también, del hecho de que ninguna religión ni dictadura ha podido aspirar a un poder tan completo, total e intenso como el de los sistemas comunistas.

El ciudadano bajo el comunismo, vive oprimido por la congoja constante de su conciencia y el temor de haber transgredido lo permitido. Siempre teme que deberá demostrar que no es un enemigo del socialismo, del mismo modo que en la Edad Media era necesario demostrar constantemente la devoción a la Iglesia.

Enormes medios materiales, periodistas, ideólogos, escritores a sueldo, escuelas especiales, ideas aprobadas, se utilizan para la sistemática "elevación del socialismo". En último análisis, todos los periódicos son oficiales, lo mismo que la radio y otros medios culturales semejantes. Los resultados de esto no son grandiosos, ni siquiera proporcionados a los medios empleados, excepto para la nueva clase, que de todos modos está convencida. Incluso bajo el comunismo, el hombre piensa, pues no puede evitarlo. Más aún, piensa de un modo distinto al prescrito. Su pensamiento tiene dos rostros: uno para sí mismo y otro para el público.

En el terreno intelectual, la tiranía de los oligarcas se refleja, no en la cantidad de producción, sino en el estancamiento, la corrupción y la decadencia. Los oligarcas y los salvadores de almas —esos acechantes protectores que se preocupan de que el pensamiento humano no derive hacia el "pensamiento criminal" o siga "líneas anti-sociales"; esos celestinescos proveedores sin escrúpulos de los medios y únicos productos de consumo disponible; esos poseedores de

ideas anacrónicas, inmóviles e inmutables— han retrasado y helado el impulso intelectual de sus pueblos. Han inventado la expresión más antihumana imaginable: “Arrancar de la conciencia humana”, y han actuado de acuerdo con ella, como si se tratara no de pensamientos humanos, sino de raíces y hierbas. Paralizando la conciencia ajena y emasculando el intelecto, se han convertido en seres grises, desprovistos de ideas, carentes del entusiasmo intelectual que la meditación desinteresada inspira. Teatro sin público, en el cual los actores actúan solos y se maravillan de sí mismos.

Sin embargo, los países comunistas logran cierto progreso técnico, aunque sea de un tipo especial y en períodos especiales. Pero a pesar de este avance técnico, es incuestionable que no se ha realizado ningún gran descubrimiento bajo un gobierno soviético. Pues en el sistema comunista, el hombre de ciencia ha de pensarlo dos veces, antes de hacer un descubrimiento o correr el riesgo de ser calificado de “hereje”, si sus teorías o hallazgos no coinciden con el dogma confirmado, prescrito y aprobado.

El monopolio sobre las ideas y sobre la formación de la conciencia, son requisitos previos para los gobernantes comunistas. Estos son tradicionalistas en arte, principalmente por la necesidad de mantener su monopolio sobre el espíritu del pueblo, pero también a causa de su ignorancia y su estrechez de espíritu. A despecho de ello, los pueblos atrasados, en los sistemas comunistas, experimentan un renacimiento cultural junto al progreso técnico. La cultura se hace más accesible, aunque les llega en gran parte en forma de propaganda. En tiempos de Stalin las cosas alcanzaron tal extremo que se prohibieron todas las formas de expresión artística que no eran del agrado de Stalin. éste, duro de oído, gustaba especialmente de los versos octosílabos.

La cultura yugoeslava, a diferencia de la soviética, ha logrado ocultar, más bien que destruir, las opiniones turbulentas e insatisfechas respecto a las formas artísticas. Esto jamás fue posible en la cultura soviética. Sobre la cultura yugoeslava pende una espada, pero ésta ha sido ya clavada en el corazón de la cultura soviética.

Hasta en los sistemas comunistas donde el arte goza de mayor libertad no se ha resuelto la contradicción entre la libertad prometida y el control coactivo de las ideas, que surge esencialmente del conflicto entre la aspiración monopólica del régimen y las irresistibles aspiraciones de los artistas. Es el mismo conflicto que existe entre el sentido creador de la ciencia y el dogmatismo comunista.

La teoría llamada del “realismo socialista” reina en todos los Estados comunistas. Aunque desde hace unos meses ya no se habla en los medios intelectuales comunistas del “realismo socialista”, la crítica soviética sigue teniendo esta teoría como norma para su valoración de las obras. Djilas escribió este capítulo cuando todavía el “realismo socialista” era teoría oficial impuesta, y luego las circunstancias no le han permitido modificarlo.

El "realismo socialista" no difiere, ni siquiera en teoría, del nacional socialismo de Hitler. Los despotismos, incluso cuando se oponen, se justifican a sí mismos de idéntica manera, y al hacerlo no pueden evitar el empleo de las mismas palabras.

Enemiga del pensamiento en nombre de la ciencia, enemiga de la libertad en nombre de la democracia, la oligarquía comunista, no logra corromper por completo el espíritu. En un sistema comunista, la corrupción es una parte integral de la política del Estado. Reprime todo aquello con lo que no está de acuerdo, es decir, lo que es profundo y original en la actividad intelectual. En cambio, premia y alienta —corrompe— de hecho todo cuanto cree que beneficiará al "socialismo", el sistema mismo. Si se quiere saber porqué en un cuarto de siglo no ha habido casi ninguna obra importante en la literatura soviética, se encontrará que la corrupción ha tenido mayor influencia aún que la opresión, como motivo de esta escasez.

La persecución del pensamiento democrático y socialista que discrepa del pensamiento de la oligarquía es más completa y feroz que la persecución de los elementos reaccionarios del régimen anterior. Se comprende que así sea: los reaccionarios resultan menos peligrosos, por que miran hacia un pasado que tiene muy pocas probabilidades de volver.

Allí donde los comunistas ascienden al poder, su ataque a la propiedad privada crea la ilusión de que sus medidas están primordialmente dirigidas contra las clases propietarias, en beneficio del proletariado. Luego los acontecimientos demuestran que no es así, sino que tales medidas tenían por objeto establecer su propia propiedad. Y esto ha de manifestarse más como una discriminación predominantemente ideológica que como una discriminación de clase. Sería erróneo creer que las otras formas de discriminación —racial, nacional, de castas—, son peores que la ideológica. Por su apariencia, pueden parecer más brutales, pero son menos refinadas o completas. Aquéllas se dirigen a las actividades de la sociedad, mientras que la discriminación ideológica se dirige contra la sociedad como un todo y contra cada individuo. La tiranía empieza y termina con ella.

El hombre puede renunciar a mucho, pero piensa y necesita expresar sus pensamientos. Es profundamente abrumador tener que callar cuando se desea hablar. La peor forma de tiranía consiste en obligar a los hombres a no pensar o a expresar pensamientos que no son suyos. La imperecedera aspiración del hombre por la libertad de pensamiento se manifiesta siempre en forma concreta. Si no se ha manifestado aún en los sistemas comunistas, esto no quiere decir que no exista. Yace, hoy, en forma de resistencia pasiva y de modo informe en las esperanzas de las gentes. La historia perdonará mucho a los comunistas, al considerar que se vieron obligados a cometer brutalidades por la fuerza de las circunstancias y por la necesidad de defenderse. Pero el aniquilamiento de toda idea discrepante,

el monopolio sobre el pensamiento con el fin de defender sus intereses personales, esto clavará a los comunistas en una cruz de vergüenza por toda la duración de la historia.

VII

EL FIN Y LOS MEDIOS

“No hay que elegir y seleccionar los medios que deben emplearse contra los enemigos de la República... Hay que castigar no sólo a los traidores, sino también a los indiferentes; hay que castigar a todos los que permanecen inactivos en la república, a cuantos no hacen nada por ella”.

Estas palabras de Saint-Just habría podido pronunciarlas cualquier dirigente comunista de hoy. Pero Saint-Just las profirió en el calor de la revolución, para proteger el destino de la misma; los comunistas pronuncian frases semejantes, y actúan constantemente de acuerdo con ellas, desde el comienzo de su revolución, cuando alcanzan el poder y hasta en su ocaso.

Los dirigentes comunistas de Occidente y de otros lugares se han acostumbrado a jugar con la verdad y con los principios morales con la misma facilidad con que lo hacen los dirigentes de la URSS. Todo movimiento comunista, en sus comienzos, tuvo altos principios morales, que pueden conservar los individuos aislados y que provocaron crisis cuando los dirigentes iniciaron el empleo de procedimientos amerales y de arbitrarios cambios de posición.

Los movimientos comunistas y el comunismo se forman con muy diversas fuerzas sociales. La homogeneidad interna no se logra de la noche a la mañana, sino a través de duras batallas de grupos y fracciones. Si las condiciones son favorables, el grupo o facción que triunfa es aquél que se ha percatado del avance hacia el comunismo y que, al tomar el poder, es el más moral. A través de crisis morales, de intrigas e insinuaciones políticas, de calumnias mutuas, de odios irracionales y de luchas salvajes, de las traiciones y de la decadencia intelectual, el movimiento asciende lentamente, aplastando a grupos e individuos, forjando su núcleo central y su dogma, su moral, su psicología, su atmósfera y sus medios de acción.

La cohesión monolítica interna que se formó en la lucha contra los opocionistas y contra los grupos semicomunistas, se transforma en una unidad de consejeros obedientes y de burócratas “robot”. Durante la ascensión hacia el poder, los principios de antaño quedan asfixiados por la intolerancia, el servilismo, el pensamiento incompleto, el control de la vida personal que antaño fue ayuda de camara-

dería y que ahora es una forma de administración oligárquica, la rigidez jerárquica y la introversión, el papel nominal y secundario de las mujeres, el oportunismo, el egocentrismo, la injuria... Cuando los héroes de antaño, dispuestos a sacrificarlo todo, hasta la vida, por los demás y por una idea, no han sido apartados o muertos, se convierten en cobardes egocéntricos sin ideas ni camaradas, dispuestos a renunciar a todo —el honor, el nombre, la verdad y la moral—, para conservar su puesto en el seno de la clase gobernante y del círculo jerárquico. El mundo ha visto a pocos héroes tan prontos al sacrificio como los comunistas antes de la revolución o durante ella. Probablemente no ha visto nunca a ruinas humanas tan desprovistas de carácter, a defensores tan estúpidos de áridas fórmulas, como esos mismos héroes una vez que han conquistado el poder.

La degradación moral a los ojos de otros hombres no significa que el comunismo es débil. Hasta ahora, en general ha significado lo contrario. Las diversas “purgas” y los procesos de Moscú fortalecieron a Stalin y al sistema comunista. Otras condiciones serán necesarias para rebajar el comunismo contemporáneo en la estima de los miembros de su propia clase. La revolución necesita devorar no sólo a sus propios hijos, sino que necesita también devorarse a sí misma. Es necesario para que sus espíritus mejores se den cuenta de que se trata de un sistema explotador y de que su reino no tiene justificación.

No existe ninguna perspectiva de que este proceso tenga lugar pronto, en ninguno de los países comunistas y mucho menos en la URSS. Sin embargo, se perciben ya los primeros signos de resquebraadura, que se manifiestan en la crisis ideológica. Pero es preciso comprender que el proceso de desintegración moral apenas ha comenzado y que apenas se dan las condiciones para que exista.

Al arrogarse ciertos derechos, la oligarquía gobernante no puede impedir que algunas migajas de estos derechos vayan al pueblo. No puede hablar de la falta de derechos bajo Stalin, entre los comunistas, y esperar, al mismo tiempo, que sus palabras no tengan eco en las masas, inconmensurablemente más despojados de derechos que los dirigentes.

Con todo, algo ha cambiado, la clase dirigente ya no podrá afirmar, ni siquiera ante sí misma, que el fin justifica los medios. La nueva clase seguirá hablando del objetivo final —la sociedad comunista—, pues de no hacerlo tendría que renunciar al dominio absoluto. Esto la obligará a recurrir a cualesquiera medios. Y cada vez que recurra a ellos, deberá condenar su empleo. Un poder más fuerte —la opinión pública mundial, el temor de que perjudique el dominio absoluto de la nueva clase—, hará que ésta se tambalee y retendrá su mano. Sintiénndose bastante fuerte para destruir el culto de su creador, o del creador del sistema, Stalin, al mismo tiempo da un golpe de gracia a la base de su propio ideal. Al dominar por com-

pleto, la clase gobernante comienza a abandonar y perder la ideología, el dogma, que la condujo al poder. La clase ha empezado a dividirse en fracciones. En la cima, todo está tranquilo y en calma; pero debajo de la cima, en la base y hasta en las filas intermedias, fermentan nuevas ideas, pensamientos nuevos, y se congregan las tempestades del futuro.

A lo largo de la historia, jamás ha habido fines ideales que se hayan logrado por medios no ideales, inhumanos, del mismo modo que no ha habido ninguna sociedad libre construída por esclavos. Ningún régimen democrático de la historia —o relativamente democrático mientras duró— se estableció basándose predominantemente en objetivos ideales, sino más bien en los reducidos medios cotidianos. Pero cada uno de esos regímenes alcanzó, más o menos espontáneamente, grandes objetivos. Por otro lado, todos los despotismos han intentado justificarse por sus objetivos ideales. Ni uno sólo alcanzó grandes objetivos.

La brutalidad absoluta, o el empleo de cualquier medio, está de acuerdo con la grandiosidad, y hasta con la irrealidad, de los objetivos comunistas. Pero al justificar los medios con los fines, éstos se convierten cada vez más en distantes e irrealizables, mientras que la espantosa realidad de los medios se hace cada vez más evidente e intolerable.

VIII

LA ESENCIA

Dos tesis básicas se encuentran al examinar la esencia del comunismo contemporáneo: la primera afirma que es un nuevo tipo de religión, aunque contiene elementos de religión y de Iglesia, no es ni una ni otra. La segunda tesis lo considera como un socialismo revolucionario, es decir, como algo nacido de la industria moderna o del capitalismo, y del proletariado y sus necesidades. Esta tesis también es sólo parcialmente cierta. El comunismo contemporáneo se inició en países muy adelantados, como una ideología y una reacción contra los sufrimientos debidos a la revolución industrial. Pero al alcanzar el poder en países insuficientemente desarrollados, se convirtió en algo distinto por completo: en un sistema de explotación opuesto a los intereses del propio proletariado.

Tampoco mi teoría sobre la esencia del comunismo es completa. Esta es la debilidad de toda definición, sobre todo cuando se refiere a fenómenos tan complejos y cambiantes como los socialistas.

La teoría de que el comunismo es un tipo de totalitarismo moderno no sólo es la más común, sino la más cercana a la realidad.

Pero es menos común la comprensión acertada del término "totalitarismo moderno" aplicado al comunismo.

El comunismo contemporáneo es un tipo de totalitarismo que consiste en tres factores básicos para controlar al pueblo: poder, propiedad e ideología. Los monopoliza un solo y único partido político, o, según mis explicaciones y terminología anteriores, una nueva clase. Y, actualmente, la oligarquía de este partido o de esta clase.

Al pesar estos tres factores, se echa de ver que el poder es el que ha desempeñado y desempeña todavía el papel más importante en el desarrollo del comunismo. Como ideología está ya en el ocaso. No tiene nada nuevo por revelar al mundo. No puede decirse lo mismo de los otros dos factores, poder y propiedad.

Hasta hoy, el comunismo soviético —el de mayor duración y el más desarrollado— ha pasado por tres fases, lo cual es también más o menos cierto de los otros sistemas comunistas que han logrado alcanzar el poder (con excepción del chino, que se halla aún, predominantemente, en la segunda fase). Estas tres fases son: comunismo revolucionario, comunismo dogmático y comunismo no dogmático. Pueden sintetizarse muy burdamente así: Fase revolucionaria: conquista del poder, Lenin. Fase dogmática: "socialismo" o construcción del sistema, Stalin. Fase no dogmática: "legalidad" o estabilización del sistema, "dirección colectiva". Es importante que estas fases no se hallan claramente separadas unas de otras, que en todas se encuentran elementos de las restantes.

El comunismo ha de ser totalitario, exclusivo y aislado precisamente porque el poder es un ingrediente esencial. Si el comunismo pudiese tener otros fines, debería permitir que surgiesen otras fuerzas opuestas a él y que actuasen independientemente.

En común con muchos otros autores que han partido de puntos distintos del mío, en los últimos años he llegado a considerar al comunismo como un equivalente del capitalismo de Estado o, de modo más exacto, del capitalismo del Estado totalitario.

Afirmar que el comunismo contemporáneo es una transición hacia algo distinto no conduce a ninguna parte ni explica nada. ¿Qué es lo que no es una transición hacia algo?

Incluso si se acepta que tiene muchas de las características de un capitalismo de Estado que lo engloba todo, el comunismo contemporáneo posee también muchas características propias, por lo cual resulta más exacto considerarlo como un tipo especial de un nuevo sistema social.

El comunismo contemporáneo tiene su esencia peculiar, que no permite confundirlo con nada más. El comunismo, aunque absorbe toda clase de elementos ajenos —feudales, capitalistas y hasta esclavistas—, posee personalidad propia e independiente indudable respecto a cualquier otro sistema.

EL COMUNISMO NACIONAL

En esencia, el comunismo es una sola cosa, pero se realiza en distintos grados y formas según los países. Por lo tanto, se puede hablar de distintos sistemas comunistas, es decir, de diversas formas de una misma manifestación. Las diferencias existentes entre los Estados comunistas —que Stalin intentó en vano borrar— son resultado, sobre todo, de la diversidad de los antecedentes históricos. Al subir al poder, los comunistas, se encuentran en los distintos países, con distintos niveles culturales y económicos, así como con variadas relaciones sociales, y han de afrontar distintos caracteres nacionales intelectuales.

Del antiguo internacionalismo proletario, sólo quedan palabras y dogmas vacíos. Detrás de éste se hallan, desnudos, los intereses nacionales e internacionales, las aspiraciones y planes de las diversas oligarquías comunistas, cómodamente instaladas en el poder.

Sería un error ignorar o subestimar el significado de las inevitables diferencias en grado y manera entre los Estados comunistas. Ninguna forma de comunismo, por muy parecida que sea a otras formas, puede existir de otra manera que no sea el comunismo nacional. Para sostenerse, el comunismo ha de convertirse en nacional.

Las diferencias entre los países comunistas serán, por regla general, tan grandes como lo era la independencia de los comunistas al ascender al poder. Sólo los comunistas de tres países —Rusia, China, y Yugoslavia— realizaron independientemente sus revoluciones o alcanzaron el poder a su manera, con su propio ritmo, y empezaron a “construir el socialismo”. En los otros países comunistas, el gobierno soviético impuso el comunismo por medio de “misioneros armados”, es decir, los soldados del ejército soviético. Pero a medida que las burocracias gobernantes se refuerzan, en esos países, como cuerpos independientes, y en la medida en que se percatan de que la imitación de la Unión Soviética y la obediencia a la misma las debilitan, intentan tomar por modelo a Yugoslavia, es decir, quieren desarrollarse con independencia. Los países comunistas de la Europa Oriental no se convirtieron en satélites de la URSS porque con ello se beneficiaran, sino porque eran demasiado débiles para impedirlo. Al fortalecerse, al aparecer condiciones favorables, surgirá en las oligarquías de estos países el anhelo de independencia y de proteger “a su propio pueblo” de la hegemonía soviética. Los gobiernos comunistas subordinados de la Europa Oriental han de declararse independientes del gobierno soviético. Nadie puede decir cuán lejos irá este anhelo de independencia y qué desacuerdos provocará. El resultado dependerá de numerosas circunstancias imprevistas, internas y externas. Pero no hay duda de que esa burocracia comunista nacional aspira a tener más autoridad propia. Esto se demostró con los pro-

cesos antitísticas en la época de Stalin, en los países de la Europa Oriental, y también por la insistencia actual en la posibilidad de seguir “el propio camino hacia el socialismo”, como se ha manifestado en Polonia y Hungría. El gobierno central soviético se ha encontrado con dificultades por el nacionalismo existente incluso entre los gobiernos que él mismo instaló en las Repúblicas soviéticas (Ucrania, Caucasia), y aún más con respecto a los gobiernos comunistas instalados en la Europa Oriental. En todo esto desempeña un papel importante el hecho de que la Unión Soviética fue incapaz de asimilar las economías de los países de la Europa Oriental, y tampoco lo podrá en el futuro.

Las aspiraciones a la independencia nacional adquirirán mayor ímpetu. Cabrá retrasarlas o hasta adormecerlas por medio de la presión exterior o por el miedo de los comunistas al “imperialismo” y a la “burguesía”, pero no podrán destruirse. Al contrario, aumentará su fuerza... Los intereses de las burocracias respectivas, ya se manifiestan como “nacionales”, va como “unidas”, junto con la tendencia a una creciente independencia sobre una base nacional, desempeñarán un papel importante, en el futuro, en las relaciones entre los países comunistas.

El concepto de comunismo nacional carecía de sentido hasta terminar la segunda guerra mundial, cuando el imperialismo soviético se manifestó no sólo con respecto a los Estados capitalistas, sino también frente a los Estados comunistas. Este concepto se desarrolló, sobre todo, al calor del choque entre la URSS y Yugoslavia. La renuncia a los métodos de Stalin por la “dirección colectiva” soviética tal vez logre modificar las relaciones entre la URSS y los Estados comunistas, pero no podrá resolverlas. En la URSS, estas relaciones tienen que ver no sólo con el comunismo, sino también con el gran imperialismo ruso del Estado soviético. Este imperialismo puede cambiar de forma y de métodos, pero no puede desaparecer, como tampoco puede desaparecer la aspiración a la independencia de los otros comunistas de los demás países. Un desarrollo similar tendrán los Estados comunistas restantes, según sean sus fuerzas y las condiciones que se presenten intentarán también convertirse, de un modo u otro, en imperialistas.

El Kominform (compuesto por los Partidos Comunistas de la URSS, la Europa Oriental, Francia e Italia) se creó por iniciativa de Stalin, a fin de garantizar el dominio soviético en los países satélites y de intensificar su influencia en la Europa Occidental. El Kominform fue peor que el Komintern, pues aunque éste estaba dominado enteramente por Moscú, por lo menos representaba oficialmente a todos los partidos comunistas. El choque con Yugoslavia reveló que al Kominform se le asignaba el papel de subordinar al gobierno soviético los Estados y partidos comunistas que habían comenzado a debilitarse a causa del incremento del comunismo nacional. Después de la muerte de Stalin, el Kominform fue finalmente disuelto.

El gobierno soviético, deseoso de evitar querellas mayores y más peligrosas, aceptó la teoría llamada de los distintos propios hacia el socialismo, ya que no el comunismo nacional mismo.

Tito se convirtió en la personalidad más importante del comunismo contemporáneo; se reconoció oficialmente el principio del comunismo nacional —con la visita de Kruschev y Bulganin a Belgrado—. Pero con ello Yugoslavia cesó de ser el creador exclusivo de innovaciones en el comunismo. La revolución yugoeslava adquirió una rutina y comenzó un gobierno pacífico y adocenado. Esto no aumentó el amor entre los enemigos de ayer, ni se terminaron los desacuerdos. Era simplemente el comienzo de una nueva fase. La Unión Soviética entraba en la etapa predominantemente económica y política de su imperialismo.

Hoy, el comunismo nacional es un fenómeno general en el comunismo. En diversos grados, todos los movimientos comunistas —excepto el de la URSS, contra el cual va dirigido— están dominados por el comunismo nacional.

Al transformarse interiormente, el imperialismo soviético vióse obligado a modificar su visión del mundo exterior. De la imposición de controles predominantemente administrativos, pasó a la integración económica gradual con los países de la Europa Oriental. Esto se realiza por medio de la planificación común en importantes ramas de la economía, con la colaboración voluntaria, hoy, de los gobiernos comunistas locales, que se sienten todavía débiles interna y externamente. Esta situación no puede durar, porque oculta una contradicción fundamental. Por un lado, se refuerzan las formas nacionales de comunismo, pero por el otro, no disminuye el imperialismo soviético. Suponiendo que fuera posible lograr una colaboración real respecto a la detentación de la propiedad, no lo sería respecto al ejercicio de la autoridad. Aunque existen las condiciones de una mayor coordinación con la Unión Soviética, se crean con mayor rapidez todavía las condiciones que conducen a la independencia de los gobiernos comunistas de la Europa Oriental.

El reconocimiento de las formas nacionales de comunismo aunque sea rechinando los dientes, como lo hicieron los dirigentes soviéticos, tiene una importancia inmensa y entraña considerables peligros para el imperialismo soviético. Entraña cierta medida de libertad de discusión y esto significa, también, cierta independencia ideológica. El destino de ciertas herejías en el seno del comunismo dependerá ahora no sólo de la tolerancia de Moscú, sino de sus propias posibilidades nacionales. Probablemente no se podrá contener la desviación respecto a Moscú que se esfuerza en mantener su influencia en el mundo comunista sobre una base "voluntaria e ideológica".

Moscú ya no es lo que era. Perdió el monopolio de las ideas nuevas y el derecho moral a fijar la única "línea" permitida. Al renunciar a Stalin, Moscú ha dejado de ser el centro ideológico. En Moscú mismo llegó a su término la época de los grandes monarcas

comunistas y de las grandes ideas, y empezó el reinado de los mediocres burócratas comunitas.

Ya no existe un centro mundial de la ideología comunista, pues está desintegrándose. | Ha sido herida de muerte la unidad del movimiento mundial comunista, y no hay posibilidades a la vista de poder restablecerla. Sin embargo, del mismo modo que el paso de Stalin a la "dirección colectiva" no alteró el sistema mismo en la URSS, el comunismo nacional ha sido incapaz, a despecho de sus crecientes posibilidades de liberación con respecto a Moscú, de modificar su naturaleza interna, que consiste en el control total y el monopolio de las ideas, y en la detentación de la propiedad por la burocracia del Partido. En cambio, alivió considerablemente la presión y disminuyó el ritmo del establecimiento de su monopolio de la propiedad, especialmente en las zonas rurales. | Pero el comunismo nacional ni quiere ni puede transformarse en algo distinto del comunismo, y se siente arrastrado, espontáneamente, hacia su fuente: la Unión Soviética. El comunismo nacional no podrá desligar su destino del de los restantes países y movimientos comunistas.

Las modificaciones nacionales del comunismo amenazan al imperialismo soviético, en especial al de la época de Stalin, pero no amenazan al comunismo, ni en su esencia ni en su conjunto. El comunismo nacional no puede modificar la naturaleza de las actuales relaciones internacionales entre los Estados, ni siquiera entre movimientos obreros. Pero su papel en estas relaciones puede tener una gran importancia. | Así, por ejemplo, el comunismo yugoeslavo, como forma de comunismo nacional, desempeñó un papel muy importante en la debilitación del imperialismo soviético y en la degradación del stalinismo en el seno del movimiento comunista. Mas, han resultado sin fundamento las esperanzas de que el comunismo yugoeslavo fuese capaz de evolucionar hacia el socialismo democrático o de servir de puente entre la socialdemocracia y el comunismo.

Se ha iniciado una crisis en los partidos comunistas de los Estados no comunistas. | Si evolucionan hacia el comunismo nacional, se arriesgan a renegar de su propia naturaleza, y si no evolucionan, corren el riesgo de perder gran número de partidarios. En los partidos comunistas que no han alcanzado el poder, es evidente que el comunismo nacional —a pesar de sus tentativas de estimular el comunismo y de reforzar su naturaleza—, es simultáneamente la herejía que roe el comunismo como tal. El comunismo nacional es *per se* contradictorio. | Su naturaleza es la misma que la del comunismo soviético, pero aspira a separarse de él nacionalmente. En realidad, el comunismo nacional es el comunismo en decadencia.

X

EL MUNDO DE HOY

Para determinar claramente la posición internacional del comunismo contemporáneo, es necesario trazar un sucinto cuadro del mundo de hoy.

La guerra moderna afecta mucho más profundamente que antaño la vida de las naciones y de la humanidad, y ello por dos razones: porque ha de ser inevitablemente una guerra total y porque el mundo se ha convertido en un solo todo y, en consecuencia, cualquier guerra moderna tiende a transformarse en una guerra mundial. Las inevitables revoluciones económicas y militares son de enorme importancia. Son más espontáneas que las revoluciones realizadas por la fuerza y no soportan la carga de los elementos ideológicos y de organización que aquéllas tienen. | Hacen posible el registrar de modo ordenado las tendencias de los movimientos del mundo moderno.

Los efectos de la energía atómica tenderán a reforzar la unidad del mundo y, de paso, aniquilarán inexorablemente todos los obstáculos heredados: relaciones sociales y de propiedad y, sobre todo, los sistemas e ideologías aisladas y excluyentes, como el comunismo, tanto de antes como de después de la muerte de Stalin.

La terminación de la segunda guerra mundial confirmó ya la tendencia a la división de los sistemas en escala mundial. Todos los países que cayeron bajo la influencia soviética (incluso partes de países, como Alemania y Corea), establecieron el mismo sistema. Igual ocurrió en Occidente.

Los dirigentes soviéticos se dieron perfecta cuenta de este proceso. Recuerdo que en una reunión íntima, en 1945, Stalin dijo: "En la guerra moderna, el que venza impondrá su sistema, a diferencia del vencedor de las guerras del pasado". Afirmó esto antes de que se acabara la segunda contienda mundial, cuando reinaba la esperanza entre los aliados. En febrero de 1948 dijo a los yugoeslavos: "Los occidentales harán de la Alemania Occidental un país suyo, y nosotros haremos un país nuestro de la Alemania Oriental. Es inevitable".

La tendencia del mundo moderno hacia la unidad se manifiesta a través de una lucha entre fuerzas opuestas, una lucha de inaudita dureza en tiempos de paz. Las expresiones ideológicas y políticas de ella son, como sabemos, la democracia occidental y el comunismo oriental.

Las tendencias occidentales hacia la unificación mundial son la expresión de necesidades económicas, técnicas y de otro tipo y, detrás de ellas, de la propiedad política y de otras fuerzas. En el lado soviético, las cosas son distintas. De no haber habido otras razones, los países comunistas, por estar más atrasados, se hubieran

visto empujados a aislarse económica e ideológicamente y a buscar en medidas políticas la compensación de su debilidad económica.

Puede parecer mentira, pero es la verdad: la llamada "propiedad socialista" del comunismo constituye el principal obstáculo a la unificación. El dominio colectivo y total de la nueva clase crea un sistema político y económico aislado, que impide la unificación del mundo. Este sistema puede cambiar y cambia, pero muy lentamente, y casi nada con el fin de mezclarse y entrelazarse con otros sistemas. Sus cambios tienen el único propósito de incrementar su propia fuerza. Estos sistemas, al conducir a un tipo único de propiedad, gobierno e ideas, inevitablemente se aíslan y buscan la exclusividad.

El desarrollo mundial ha derruido ya la teoría comunista-stalinista de la posibilidad de la construcción del socialismo o de la sociedad comunista, en un solo país y ha conducido al reforzamiento del despotismo totalitario, o sea del dominio absoluto de una nueva clase explotadora. En estas circunstancias, la construcción del socialismo —o de una sociedad comunista o de cualquier otro tipo— en un país, o en un gran número de países, apartados del mundo, tiene por resultado inevitable la autarquía y la consolidación del despotismo.

Ni un solo gobierno occidental actúa como propietario respecto a la economía. En realidad, los gobiernos occidentales no son propietarios ni de la propiedad nacionalizada, ni de los fondos que recaudan en concepto de impuestos. No pueden ser propietarios porque están sujetos a cambios.

Adminstran y distribuyen esta propiedad bajo el control del parlamento. No sucede así en los países comunistas. El gobierno administra y distribuye la propiedad nacional. La nueva clase o su órgano ejecutivo —la oligarquía del Partido— actúa como propietaria y es propietaria. El gobierno más reaccionario y burgués ni se atrevería a soñar con un monopolio de la economía como éste.

Las similitudes aparentes de propiedad en el Este y en el Oeste son, de hecho, profundas diferencias, incluso elementos en conflicto. En Occidente predominan los medios económicos, que acentúan la tendencia hacia la unificación. En Oriente —en los Estados comunistas— siempre han predominado los medios políticos hacia esta unificación. La URSS es capaz de "unir" sólo lo que vence y conquista. Desde este punto de vista, ni siquiera el nuevo régimen puede cambiar en lo esencial. Según sus concepciones, sólo son pueblos oprimidos aquéllos que soportan el dominio de algún gobierno que no sea el soviético. El gobierno soviético subordina su ayuda a otros países, incluso cuando les concede préstamos, a sus necesidades políticas.

La economía soviética no ha alcanzado todavía el punto en que arrastrará hacia la unificación mundial de la producción. Sus contradicciones y dificultades tienen principalmente un origen interno. El sistema mismo puede sobrevivir a pesar de su aislamiento del

resto del mundo. Esto resulta enormemente costoso, pero se logra con el uso intenso de la fuerza. Mas, esta situación no puede durar mucho, ha de llegar a su límite. Y esto será el comienzo del fin del dominio ilimitado de la burocracia política o de la nueva clase.

El comunismo contemporáneo podría ayudar a la unificación mundial, sobre todo por medios políticos: con su democratización interna y haciéndose más accesible al mundo exterior. Pero está todavía muy lejos de esto.

En realidad, ¿es capaz de esto? ¿Qué imagen tiene el comunismo de sí mismo y del mundo exterior? Los dirigentes soviéticos pasan muy malos ratos tratando de orientarse. Ya no son capaces de ver la realidad contemporánea. El mundo que ven no es el que verdaderamente existe, sino el que existió o el que quisieran que existiese. Aferrados a dogmas anacrónicos, los dirigentes comunistas pensaban que el resto del mundo decaería y se destruiría a sí mismo en conflictos y luchas. No ocurrió así. El occidente avanza, tanto económica como intelectualmente. Siempre que se sintió amenazado por otro sistema, fue capaz de unirse. Las colonias lograron su independencia sin convertirse en Estado comunista ni rompieron con las metrópolis.

El capitalismo occidental no se descompuso con crisis y guerras. En 1949, Vishinsky, en las Naciones Unidas, en nombre de los dirigentes soviéticos, predijo el comienzo de una nueva gran crisis en los Estados Unidos y en el capitalismo. Sucedió justamente lo contrario. Esto no fue así porque el capitalismo sea bueno o malo, sino porque ya no existe el capitalismo acerca del cual hablan los dirigentes soviéticos. Basándose en el hecho de que su país no alcanzó el grado de desarrollo que los socialdemócratas previeron, los dirigentes soviéticos llegan a la conclusión de que la socialdemocracia de Occidente es "traidora" e irrealista.

Esto es también cierto respecto a su evaluación del conflicto básico, el conflicto entre sistema, o de la tendencia básica hacia la unificación de la producción.

Cuando los dirigentes soviéticos califican a los países occidentales modernos como instrumentos ciegos de los monopolios y erran tanto como cuando interpretan su propio sistema como una sociedad sin clase, en la cual la propiedad se halla en manos de la sociedad. En la medida en que una clase, un partido o un dirigente asfixia por completo la crítica, o detenta un poder absoluto, se halla condenado inexorablemente a juzgar la realidad de un modo irreal, egoísta y pretencioso.

Esto les está ocurriendo hoy a los dirigentes soviéticos comunistas. No controlan sus actos, sino que la realidad los obliga a realizarlo. Esto tiene sus ventajas: son, ahora, hombres con mayor sentido práctico que antes. Pero también hay desventajas, pues estos dirigentes carecen de una visión realista, o tan siquiera aproxi-

madamente realista, de lo que acontece. Pasan más tiempo defendiéndose de la realidad mundial que comprendiéndola y habituándose a ella. Su adhesión a un dogma anacrónico los empuja a cometer actos sin sentido, de los cuales han de renegar constantemente, no sin mancharse de sangre las manos. Si los comunistas interpretaran el mundo con realismo, podrían perder, pero ganarían muchísimo como seres humanos, como parte de la especie humana.

En todo caso, el mundo cambiará y avanzará en la dirección que ha seguido y que debe seguir: hacia una mayor unidad, un mayor progreso y una mayor libertad.

La fuerza de la realidad y la fuerza de la vida han sido siempre más poderosas que cualquier clase de fuerza bruta, y más reales que cualquier teoría.

A P E N D I C E

LA TORMENTA EN LA EUROPA ORIENTAL.

Por MILOVAN DJILAS

LA NUEVA CLASE se escribió antes de los acontecimientos de Hungría de Octubre de 1956. Es indispensable, para completar la interpretación del sistema comunista ya hecha por Djilas, conocer sus comentarios a la revolución húngara. Aparecieron en el semanario social demócrata de Nueva York "The New Leader", el 19 de Noviembre de 1956, y valieron a su autor la sentencia de tres años de prisión que lo tiene aislado del mundo, en una cárcel de Yugoslavia. He aquí ese artículo:

Con la victoria del comunismo nacional en Polonia, empezó un nuevo capítulo en la historia del comunismo y de los países dominados de la Europa oriental. Con la revolución del pueblo húngaro ha empezado un nuevo capítulo en la historia de la humanidad.

Estos dos acontecimientos, cada uno a su modo, manifiestan agudamente la condición interna de los países de la Europa oriental.

Si lo ocurrido en Polonia alentó las aspiraciones de los partidos comunistas, especialmente de la Europa oriental, para tratar en pie de igualdad con Moscú, la revolución húngara dio un salto gigantesco y planteó el problema de la libertad en el comunismo, es decir, el substituir el sistema comunista por un nuevo sistema social.

Entre los dos acontecimientos, aunque ocurrieron casi simultáneamente, hay toda una época. Los cambios en Polonia significan el triunfo del comunismo nacional como habíamos ya visto en Yugoslavia, aunque en forma diferente.

El levantamiento de Hungría es algo más, es un fenómeno nuevo, acaso no menos significativo que la revolución francesa o la rusa.

La experiencia de Yugoslavia parece atestiguar que el comunis-

mo nacional es incapaz de escapar a los límites del comunismo como tal, es decir, el emprender la clase de reformas que podrían transformar y conducir gradualmente el comunismo a la libertad.

Es una experiencia que parece indicar que el comunismo nacional puede meramente separarse de Moscú y en su propio ritmo y estilo nacional construir un sistema comunista esencialmente idéntico al de Moscú.

La resistencia de Yugoslavia a Moscú, en 1948, fue posible, sobre todo, porque la revolución se realizó en el curso de la lucha contra la ocupación extranjera; en esta revolución, se fundó un país comunista independiente, y con ello una clase nueva: la burocracia comunista.

Ninguno de los países de la Europa oriental ha tenido esta especie de clase social, porque sus comunistas recibieron el poder de manos de un régimen soviético. Por esa razón no se pudo formar una burocracia unida y autónoma comunista.

Ante todo, el comunismo nacional yugoeslavo fue la resistencia a Moscú del Partido Comunista local, es decir, de sus líderes.

No queremos decir que el pueblo se opusiera a esta resistencia, ni que no la apoyara ni dejara de beneficiarse con ello. Todo lo contrario. Pero los intereses y la iniciativa de los gobernantes jugó un papel crucial y dominante.

Por lo tanto, en Yugoslavia, todo el proceso fue dirigido y escrupulosamente controlado desde arriba, y las tendencias a ir más lejos, hacia la democracia, fueron relativamente débiles.

Si su pasado revolucionario fue una ventaja para Yugoslavia mientras luchaba para ser independiente de Moscú, se convirtió en un obstáculo tan pronto como se hizo necesario avanzar: hacia la libertad política.

En los países de la Europa oriental, lo contrario es cierto. En ellos la resistencia comunista a Moscú es el resultado del descontento de las masas populares. Allí, desde el mismo inicio, las inclinaciones incontroladas se manifestaron para traspasar los límites del comunismo nacional.

Los dirigentes no pueden controlar y subyugar en todas partes a las masas populares; en consecuencia, en algunos casos tratan de poner coto a nuevas intervenciones de Moscú.

Un ejemplo es Yugoslavia, que mediante la iniciativa de sus gobernantes desempeñó parte indispensable e importante en los comienzos de la transición de los países del oriente de Europa hacia el comunismo nacional: pero únicamente al principio.

Como precio a la reconciliación con Belgrado, Moscú tuvo que reconocer verbalmente la igualdad con Yugoslavia y su "senda independiente hacia el socialismo".

De esta manera, el profundo descontento de las naciones de la Europa oriental ganó posibilidades de manifestación legal. Apuntaron limitadas pero sancionadas protestas contra la desigualdad con

Moscú. Y en Hungría se transformaron en protesta contra el sistema en sí mismo.

Yugoeslavia apoyó este descontento mientras y tanto fue dirigido por los gobernantes comunistas, pero se opuso a él —en Hungría— así que pasó adelante. Por lo cual, Yugoeslavia se abstuvo en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en la cuestión de la intervención soviética en Hungría.

Fue la revelación de que el comunismo nacional yugoeslavo era incapaz, en su política exterior, de apartarse de sus estrechos intereses ideológicos y de clase burocrática y, además, que estaba dispuesto a sacrificar incluso aquellos principios de igualdad y no intervención en asuntos internos propios de cada país en los cuales se habían fundado todos sus éxitos en su disputa con Moscú.

En todo esto, Moscú, con sus ambiciones imperialistas, no es un observador pasivo sino un activo participante. A fin de evitar un levantamiento en Polonia y para ganar tiempo, cedió al nacionalcomunismo.

El acceso de Gomulka al poder no fue únicamente el resultado de los esfuerzos de los comunistas polacos; en gran parte representó una transacción entre Moscú y las masas turbulentas del pueblo polaco.

Obtenida la independencia de Moscú, Gomulka dio un histórico paso hacia adelante. Pero con sus tibias reformas pronto se encontrará ante un dilema, previsto por Moscú.

Tendrá que escoger entre la democracia interna, que se ha convertido en condición indispensable para la independencia completa de Moscú, y los lazos con Moscú requeridos para mantener el monopolio comunista del poder.

Los sucesos de Hungría no han hecho más que acelerar este dilema, que Gomulka no será capaz de evitar. La victoria del comunismo nacional en Polonia no es el fin, sino más bien el principio de mayores desacuerdos y conflictos internos del país frente a Moscú.

Es difícil predecir si el comunismo nacional en Polonia escogerá la libertad y la independencia más bien que el gobierno totalitario y la dependencia de Moscú. Pero es indudable que muchos comunistas polacos no vacilarán en escoger su propio país y la libertad.

Conociendo a Gomulka, un hombre honrado, valiente y modesto, estoy convencido que él mismo no vacilará mucho tiempo si se ve orillado a escoger.

* * *

Hungría ha superado los conflictos internos que tiene Polonia. No solamente se ha desvanecido el grupo llamado stalinista, sino que ha repudiado al sistema comunista en sí mismo. Al principio, Moscú trató de disimular su intervención llevando al poder al comunismo nacional con el nombre de Imré Nagy.

Pero Nagy únicamente podía instalar el comunismo nacional con la ayuda de las bayonetas soviéticas, y esto amenazaba la verdadera finalidad del comunismo. Llevado finalmente a escoger entre la ocupación soviética y la independencia, Nagy decidió valientemente sacrificar el poder comunista del Partido (que ya había sido aplastado) por amor a su patria y a la libertad.

Adivinando el juego sucio de Moscú, pidió la retirada de las tropas soviéticas, declaró el deseo de neutralizar a Hungría y apeló a la protección de las Naciones Unidas. Su gobierno, insignificante hasta entonces, se convirtió de repente en símbolo de la resistencia nacional.

Moscú no podía conservar por más tiempo al comunismo húngaro: ahora se enfrentaba al dilema de tener que dejar a Hungría o de ocuparla. De esta forma, el imperialismo de Rusia perdió su última máscara "socialista".

Si la revolución húngara hubiese traído no sólo la democracia política, sino que hubiese conservado también el control social de la industria pesada y de los bancos, podría haber ejercido una influencia enorme en todos los países comunistas, incluyendo la U. R. S. S.

No sólo habría demostrado que el totalitarismo es innecesario como medio de protección de los trabajadores contra la explotación (es decir, en la "construcción del socialismo") sino que también habría demostrado que el totalitarismo es simplemente una excusa para explotar a los obreros en beneficio de las nuevas clases burocráticas y gobernantes.

Moscú lucha contra la revolución húngara no sólo por razones externas, sino por motivos internos. Así como la rebeldía yugoeslava reveló el imperialismo de Moscú respecto a los países comunistas, así también la revolución húngara amenazó poner en evidencia que el sistema interno soviético es de dominación totalitaria a favor de una nueva clase explotadora: la burocracia del Partido.

Si la revolución húngara se hubiese salvado de la intervención soviética, hubiese sido verdaderamente difícil para Moscú ocultar sus conflictos internos por medio de conquistas en el extranjero y de su pretendida "misión mundial".

El sistema soviético se hubiese visto pronto confinado a sus propias fronteras nacionales, y allí los ciudadanos se hubiesen visto obligados a reflexionar en su situación y su destino.

Y no solamente los ciudadanos, sino los dirigentes. Tendrían que desintegrarse en diferentes grupos que no podrían ya practicar sus depuraciones mutuas dentro de sus propios círculos cerrados, sino que estarían obligados a conquistar el apoyo popular. De este modo, nuevos procesos empezarían a formarse en la Unión Soviética, también.

La acción de Israel, la Gran Bretaña y Francia sobre Egipto no podrá distraer en forma permanente la atención acerca de los acontecimientos en la Europa oriental, pero sirvió ciertamente para

animar a los elementos más reaccionarios y agresivos de la U.R.S.S. a ajustar cuentas al pueblo húngaro.

La historia humana está cambiando en la Europa oriental, que es en la actualidad su centro. La anacrónica guerra colonial en Medio Oriente tiene que terminar.

Moscú y todos los demás regímenes comunistas, cada uno en su propia forma, se encaran actualmente con un dilema que no se les había presentado nunca.

Los regímenes comunistas de los países de la Europa oriental o bien deben empezar a separarse de Moscú o bien tendrán que aceptar una dependencia mayor.

Ninguno de estos países, ni siquiera Yugoslavia, será capaz de evitar el tener que elegir. El movimiento de masas no puede ser detenido en modo alguno, sea siguiendo el modelo yugoeslavo-polaco, el de Hungría, o algún nuevo molde que combinen los dos.

Nadie puede predecir con exactitud cuál será en definitiva la acción de Moscú. En este momento está jugando un doble papel: reconoce verbalmente al comunismo nacional, mientras está maniobrando al mismo tiempo para no renunciar a la hegemonía e imperialismo.

Desde luego, la U.R.S.S. disfraza falsamente su intervención y su presión como "ayuda" y "seguridad" para el comunismo como tal en los países subyugados. Pero esto desempeña únicamente un papel secundario en sus acciones.

La política de Moscú hacia los países comunistas refleja claramente su voluntad de resistir el desmoronamiento de su imperio, para preservar el papel dirigente del comunismo soviético. Voluntad demostrada en sus esfuerzos para utilizar el comunismo nacional como un medio y una máscara para su política expansionista, imperialista.

Sin embargo, simultáneamente, todas estas acciones envuelven a Moscú no sólo en luchas externas sino que provocan conflictos en su seno. Se puede afirmar con certeza que existe una división dentro de la dirección soviética y que incluso el grupo más reaccionario e imperialista (llamado stalinista) vacila en sus acciones.

La influencia de este grupo prevalece hoy día, especialmente respecto de los países de la Europa oriental. Pero esto no significa que el otro grupo esté por la independencia de dichos países. Las diferencias consisten en los métodos que propugnan: o bien seguir con los viejos procedimientos del stalinismo imperialista (ejército y policía), o bien aplicar métodos nuevos en los cuales dominen elementos económicos y políticos.

Los intentos de adoptar métodos nuevos condujeron a la política con Polonia; la vuelta a los antiguos condujo a la violencia con Hungría. Ambos métodos se ha demostrado que son deficientes. En esto se originan las divisiones y conflictos internos en la URSS.

No cabe dudar de que el resto del mundo, por vez primera desde que los bolcheviques conquistaron el poder, puede influenciar de una manera inmediata y positiva la dirección de estos cambios.

A pesar de la represión soviética en Hungría, Moscú sólo puede retardar los procesos del cambio: a la larga no los puede detener. La crisis no está sólo entre la U.R.S.S. y sus vecinos, sino en el seno del sistema comunista propiamente dicho.

El comunismo nacional es, en sí mismo, un producto de la crisis, pero representa únicamente una fase en la evolución y agostamiento del comunismo contemporáneo.

Ya no es posible detener por más tiempo la lucha del pueblo de la Europa oriental por la independencia y, únicamente a costa de grandes esfuerzos, su lucha por la libertad. Estas dos luchas se están convirtiendo gradualmente en una sola.

Si el imperialismo de Moscú sufre una derrota y se le puede impedir que se lance a aventuras bélicas, también la U.R.S.S. tendrá que sufrir considerables cambios internos.

Porque, así como se ve compelido a ser nacional en sus formas, en su esencia el comunismo es uno y el mismo, con los mismos orígenes históricos y el mismo destino.

Los acontecimientos en un país comunista repercuten necesariamente en todos los demás países comunistas como si se tratase del mismo organismo viviente. Y así como el comunismo yugoeslavo, al separarse de Moscú inició la crisis del imperialismo soviético es decir, el nacimiento inevitable del comunismo nacional, de la misma manera la revolución en Hungría significa el principio del fin del comunismo en general.

Al igual que en todos los demás sucesos históricos, grandes y decisivos, los húngaros que combaten por la libertad, al luchar por su existencia y la de su patria, acaso no han imaginado que con sus hazañas han iniciado una nueva época.

Este acontecimiento acaso no se repita. Pero la revolución húngara ha trazado una senda que, más pronto o más tarde, otros países comunistas deberán seguir. La herida que la revolución húngara ha infligido al comunismo nunca se cerrará completamente.

Todos sus males y debilidades, tanto en su aspecto de imperialismo soviético como en su aspecto de sistema definido de supresión, se habían reunido sobre el cuerpo de Hungría y fueron extirpados como llagas purulentas por las manos del pueblo húngaro.

No creo que el término de la revolución húngara decida en absoluto del destino del comunismo y del mundo. El comunismo mundial se enfrenta ahora a días tempestuosos y a tremendas dificultades, y los pueblos de la Europa oriental tendrán que hacer frente heroicamente a nuevas luchas por la libertad y la independencia.

I N D I C E

	Pág.
Introducción por Norman Thomas	3
Presentación: Milovan Djilas, un clarividente en el infierno, por Víctor Alba	5
Prefacio	13
I.—Los orígenes	15
II.—El carácter de la revolución	17
III.—La nueva clase	20
IV.—El estado partidista	27
V.—El dogmatismo económico	34
VI.—La tiranía contra el espíritu	38
VII.—El fin y los medios	42
VIII.—La esencia	44
IX.—El comunismo nacional	46
X.—El mundo de hoy	50
Apéndice: La tormenta en la Europa Oriental	55

A LOS LECTORES DE ESTE FOLLETO:

Milovan Djilas se encuentra en una cárcel yugoeslava, no obstante ser el Vice-presidente de Yugoslavia. No han sido respetados sus servicios al comunismo internacional y al comunismo yugoeslavo. Es una de las figuras más salientes del movimiento comunista. Pero ha ido a parar a la cárcel, porque ha tenido el valor de enjuiciar la experiencia comunista a los cuarenta años de haberse iniciado ésta en Rusia. En conferencias, en artículos y en su sensacional libro "La nueva clase" ha hecho una crítica a fondo del comunismo. Este gesto de valor y de honestidad intelectual, le ha costado su libertad. En las democracias los hombres que tienen esas virtudes, aun cuando pueda discreparse de sus ideas, se les respeta. No ocurre así en las dictaduras, sean éstas comunistas o fascistas o de cualquier otra naturaleza.

Los hombres libres del mundo, acepten o no las ideas de Milovan Djilas, tienen un deber de solidaridad para este hombre que expone su vida y su libertad, defendiendo sus ideas.

A todas las personas que estén de acuerdo en solicitar al Gobierno de Yugoslavia la libertad de Milovan Djilas, les sugerimos devolver firmada la boleta que va al pie de esta nota.

Instituto de Investigaciones Internacionales del Trabajo

Instituto de Investigaciones Internacionales del Trabajo

Apartado 203

México 1, D. F.

Ruego agregar mi firma en el memorial que se enviará al Gobierno de Yugoslavia, solicitando la libertad de Milovan Djilas.

Nombre completo

Domicilio

Firma

Fecha